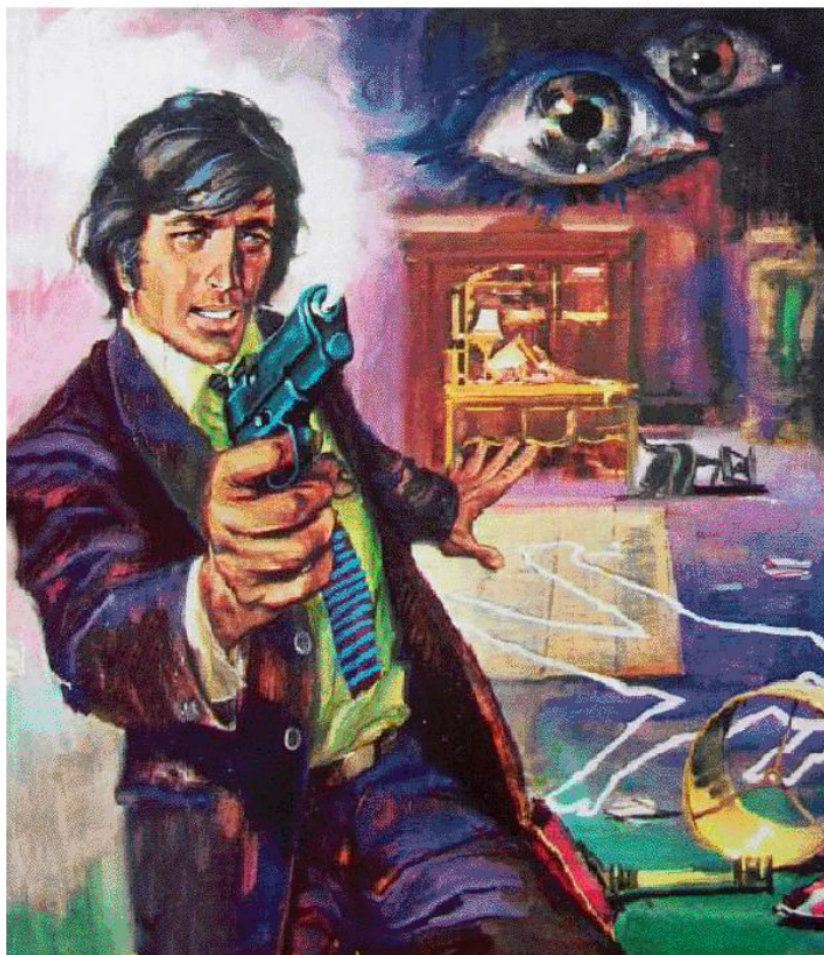




COARTADA

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

JOE MOGAR

COARTADA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 669

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 52.812 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1975

© JOE MOGAR - 1975

texto

© MIGUEL GARCIA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.013 — Llamada a un pistolero.
- En Colección BUFALO:
395 — Alias Pistol Kendall.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.222 — La muerte acecha en París.
- En Colección CALIFORNIA:
878 — El jinete del Gran Cañón.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
912 — Sharon del rancho Barrera.
- En Colección COLORADO:
858 — Tumbas en la cascada.
- En Colección KANSAS:
799 — Carta a un pistolero.
- En Colección BRAVO OESTE:
583 — Una forastera peligrosa.
- En Colección PUNTO ROJO:
649 — Una palabra de seis letras.
- En Colección ASES DEL OESTE:
672 — Una silla de montar.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
105 — Sorpresa en la noche.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
204 — La venganza de Larry Tempal

CAPÍTULO PRIMERO

Atravesé una de las amplias y acristaladas puertas con un ejemplar del *New York Tribune* bajo el brazo y la cartera portafolios en la mano derecha, y miré a mi alrededor.

A mi espalda, a pocas yardas, quedaba el aeropuerto de La Guardia. Delante de mí, lo más difícil; encontrar un taxi que me llevara a la ciudad, y de allí a mi apartamento.

No vi taxi alguno; por lo menos, que pudiera tomar en aquel momento, por lo que, pensando que sería mucho mejor entrar en un bar cercano, y esperar a que la aglomeración de viajeros fuera menor, empecé a cruzar la calle.

La mediaba cuando vi el «Rolls Royce» y supe, sin lugar a dudas, a quién pertenecía, aunque no supiera, por el momento, quién iba en su interior, y mucho menos qué hacía allí, en los alrededores del aeropuerto.

Me detuve para dejarle pasar por delante de mí, pero no pasó del todo; se detuvo al llegar a mi altura, y la portezuela de mi lado se abrió.

—Vamos, entre, míster Tirrell —dijeron—, estamos estorbando el paso.

Lo hice, y el «Rolls» se puso en marcha, suave, como una pluma movida por la brisa, y la miré.

Sólo una vez, desde que estaba en la compañía, como secretario general de la firma, la había visto, pero no tan cerca como ahora.

—Sorprendido, ¿verdad?

—Sí, un poco —contesté, preguntándome qué significado podía tener para mí todo aquello.

—Sí, es lo que esperaba que dijera, míster Tirrell —se inclinó, con los labios entreabiertos, sin una sonrisa, cuando añadió—: ¿Debo decirlo yo todo...?

Se inclinó un poco más. Me preguntaba, una vez más, a qué se

debía todo aquello, chocándome también su actitud; pero la besé, ya con la caricia de sus manos en mi nuca, quizá porque, a pesar de mis pensamientos, no podía hacer otra cosa.

Fue ella la que se separó de mis brazos para, a continuación, ir a retirarse al fondo del asiento.

Esperé, sin saber qué... Fue muy poco, pues repentinamente habló:

—Papá ha muerto. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí. Llevo un periódico, que da la noticia en primera plana.

Lo señalé; periódico que ahora reposaba en el fondo del coche, por lo que me incliné para tomarlo, pero Sheila me interrumpió:

—No se moleste, míster Tirrell —dijo. Hizo una pausa y continuó—: ¿Sabe también que pasado mañana hay una reunión de accionistas?

—No, aunque sospeché que sería así tan pronto como leí la noticia.

—¿Regresó por eso?

—Mis vacaciones terminaron ya, *miss* Burton —respondí.

La expresión de su rostro no cambió.

—Sí, lo sé —respondió—, y por eso vine a esperarle. Deseaba hablar con usted.

—¿Y...?

—No quiero asistir a esa reunión.

—¿Y...? —repetí.

—Usted, míster Tirrell —dijo—, fue el hombre de confianza de mi padre, y lo es mío también.

—¿Debo darle las gracias, *miss* Burton?

—No ironice, por favor —calló, tal vez esperando a que dijera algo, y, en vista de que no era así, añadió—: Quiero que vaya usted en mi nombre.

—¿Por qué?

—Se lo dije antes; no deseo asistir a esa reunión. ¿Motivos...? Pongamos que no sé nada sobre acciones, sobre la compañía a la que mi padre pertenecía con la mayoría de ellas, y usted es un experto. Quiero que me represente en la reunión.

Su voz cortó el hilo de mis pensamientos, con una pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, míster Tirrell?

—Sólo la he visto una vez.

—Sí, así es —respondió ella, pensativa—, pero sospecho que, a partir de ahora..., vamos a vernos muy a menudo.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Le dije que no ironizara. No va con su carácter —replicó, sin perder la calma ni su sonrisa—. Y ahora responderé a su pregunta; voy a tomarle como consejero personal.

—La firma tiene varios abogados, *miss* Burton.

—Sí, así es..., pero eso, en particular, a mí no me dice nada.

Fui a responder cuando la voz del conductor, de su chófer personal, me interrumpió:

—Hemos llegado, *miss* Burton —dijo.

Era cierto, el «Rolls» se había detenido frente al edificio donde tenía mi apartamento, en plena calle 50, dos cuadras antes de su cruce con la Octava Avenida.

Abrí la portezuela, y su enguantada mano me sujetó por el brazo.

La miré; Sheila Burton estaba sonriendo una vez más.

—Si me invita, puedo acompañarle a tomar una copa —dijo.

—¿Dónde?

—¡Oh! Pues ahí, en su apartamento. Apuesto a que me cuesta mucho más barato que ahí, en ese bar que hay en la esquina.

Abandoné el coche y mantuve la portezuela abierta para que a su vez pudiera descender.

—Gracias —adujo, tan pronto como pisó la acera, a mi lado.

—Ayúdeme, ¿quiere?

—Sí, claro —dije un tanto sorprendido, acercándome, y tomando el visón, que luego solté suavemente sobre uno de los sillones.

—¿Me da esa copa, o va a besarme primero?

No lo entendía, como ya pensara antes, y, sin entenderlo, respondí:

—Si la beso ahora, querida, no voy a dejarla salir de aquí.

—Por supuesto que trataría de no dejarme salir.

—¿Y...?

—Me iré de todos modos, míster Tirrell —replicó—. ¿Me da esa copa?

—¿*Whisky*?

—Sí, claro.

Le indiqué con un gesto que tomara asiento, y le volví la espalda.

Cuando regresé a su lado, con sendos vasos de *whisky*, Sheila estaba sentada en el sofá, recostada la espalda contra el respaldo.

Me acerqué, y tomé asiento a su lado.

Lentamente, sin pronunciar palabra, dejé los vasos sobre la mesita y me volví a mirarla, enlazando con el brazo izquierdo, su cintura y me incliné. No dijo nada cuando la besé en los labios, que abrió bajo los míos, pero luego sí lo hizo.

—No... Eso, no. Ahora no, míster Tirrell. Aquí, no.

—¿Por qué? —dije soltándola, y sin comprender nada.

—No me gusta el lugar.

—¿Por qué? —insistí.

—Supongo que su dormitorio será precioso, pero no vine aquí para eso.

No dije nada; esperé a que continuara, cosa que hizo seguidamente:

—Sólo deseo que hablemos.

—¿De la muerte de su padre, *miss* Burton?

—Sí, así es.

—Creí que eso ya estaba liquidado.

—Pues se equivocó de medio a medio.

—Bien, en concreto, ¿qué es lo que desea de mí?

—Voy a traspasarle a usted todas las acciones que poseo de esta compañía.

Me helé y, al advertirlo, sus ojos se mostraron con el mismo regocijo anterior.

—¿Sorprendido?

—Continúe, por favor —fue lo que se me ocurrió decir cuando me rehíce un poco.

—No hay nada más —respondió ante mi nueva sorpresa—. Nada, como no sea decirle que no entiendo de negocios... y que debo confiar en alguien, si no quiero que entren en saco roto en todo lo que me pertenece. Usted responde ahora, míster Tirrell.

—¿En qué condiciones?

Sheila tomó el vaso, bebió un poco y contestó:

—Puede usted mismo redactar el contrato. Llévelo luego a mi

casa y lo firmaré.

—¿Quiere decir...?

—Que usted mismo puede fijar su sueldo... o su tanto por ciento de esas acciones —me interrumpió—. Yo... cobraré el resto, prácticamente sin dar nada a cambio.

—Eso me hace entrar de lleno en el Consejo de Administración, *miss* Burton —dije, cada vez más sorprendido—. ¿Se ha dado cuenta?

—¡Pues claro que sí!

Una vez más, no lo entendía; ni a ella, ni cuál era su juego en todo aquello.

Como si adivinara cuáles eran mis pensamientos, Sheila preguntó:

—No lo entiende, ¿verdad?, y eso le irrita.

—Sí, así es.

Tomó el vaso, lo apuró de un sorbo y, poniéndose en pie, contestó:

—Soy una mujer sin complicaciones aunque usted no lo crea, *míster* Tirrell... y por tanto tampoco deseo ahora complicarme la vida con esas acciones, con las juntas generales o extraordinarias, y con..., con eso mismo, con las complicaciones que supondría para llegar, como mi padre, a la presidencia de la compañía. ¿Acepta?

—Bien, trataré de complacerla.

Se me acercó.

—¿Cuándo estará todo listo? —inquirió.

—Supongo que para mañana por la tarde. Pondré a trabajar a Piper en la redacción de ese contrato.

—¿Se llama así su secretaria?

—Sí.

Se volvió hacia la puerta, dio un par de pasos, y dije:

—Sheila...

—¿Sí...?

—Creo, creo que debemos sellar esta..., esta especie de pacto, ¿no?

—Por supuesto, *míster* Tirrell —respondió.

Vino y la estreché una vez más entre mis brazos, en un abrazo y un beso que duró una eternidad.

No se resistió.

CAPÍTULO II

Me senté sobre la cama y encendí un cigarrillo. El perfume de Sheila todavía persistía en el ambiente.

Media hora, treinta minutos... y todavía me parecía oír en el interior de mi mente el sonido de sus pasos cuando se alejó hacia la salida, dejándome solo.

Luego, a partir de entonces, tras un cigarrillo siguió otro, y otro...

Amanecía cuando me puse en pie, me di una ducha y me preparé el desayuno, pero tampoco pude pasar bocado.

A las nueve abandoné el apartamento, fui al garaje, empuñé el volante de mi coche y conduje a Wall Street.

Ni siquiera saludé al portero al entrar, tampoco a cuantos se cruzaron conmigo en el ascensor, en los pasillos, ni al personal de las oficinas de

Burton & Burton,

etc., etc., por lo que, cruzando entre las mesas sin decir nada, sin, responder a los saludos debido a la preocupación que me embargaba, entré en mi despacho privado y, al cabo de treinta días, me enfrenté de nuevo con la mesa, los sillones y los papeles que había sobre su tablero.

La rodeé, tomé asiento sobre el sillón, dudé unos instantes y, al fin, pulsé uno de los botones, sabiendo positivamente lo que iba a ver a continuación.

No me equivoqué; a los pocos segundos hubo una ligera llamada en la puerta, y autoricé la entrada.

—Hola, míster Tirrell —saludó—. ¿Cómo fueron esas vacaciones?

—En solitario, querida —dije.

Piper sonrió.

—No diría yo tanto —respondió.

Sin hacer caso, invité:

—Siéntese, quiero dictarle algunas cosas.

Lo hizo.

Tenía entre las manos el cuaderno de notas y el bolígrafo, y su actitud era expectante. A pesar de eso, fue ella la que primero rompió el silencio.

—Sabe que murió el viejo, ¿verdad? —preguntó, sin respeto alguno para el que, en vida, fuera cabeza de la compañía.

—Sí, así es. Lo leí en el periódico, y *miss* Burton me lo confirmó en el aeropuerto.

—¡No me diga que le estaba esperando en La Guardia! —exclamó.

—Cierto que fue así.

—¿Y...? La llevó a su apartamento, ¿no?

—¿Al mío...? Sí, claro. Estuvimos hablando, Piper.

—¡Por supuesto que sólo hablaron! No he pensado nunca que no fuera así, míster Tirrell.

—Quiere que la represente en el gran consejo.

—Por supuesto... —repitió Piper—, por supuesto que lo desea así. Y... Bueno, tal vez un día se me ocurra hacerle una visita.

—¿A ella?

—No sea tonto, míster Tirrell. Siento curiosidad por saber cómo vive en la intimidad un hombre como usted.

—Si lo hace, querida, estropeará sus prendas de nylon.

—¿Y quién le ha dicho que no deseo que eso suceda?

Su expresión era de completa burla, por lo que cambié rápidamente de conversación, y lo hice con una pregunta:

—¿Avisaron a los accionistas?

—Sí, claro.

—¿Hora...?

—A las once de la mañana... y esto no me gusta.

—¿Por qué?

—Hasta ahora, el viejo fue el que llevó el negocio, y su muerte va a desatar algo que..., que... Bueno, míster Tirrell, no sé cómo explicarlo, pero no me gusta —hizo una pausa mientras yo meditaba sobre sus palabras, y añadió al cabo de unos segundos de silencio—: Eso es todo lo que puedo decir. —Extendió sobre los muslos el cuaderno de notas, y prosiguió—: ¿Qué es lo que debo

hacer?

Medité un poco antes de dar la respuesta.

—Voy a dictarle un contrato, querida —dije, al fin—, para que lo pase en limpio lo más rápidamente posible.

Antes de terminar de hablar, Piper me estaba mirando fijamente, curiosamente.

—¿Un contrato...? —Y había extrañeza en su voz—. ¿Sobre qué?

—Las acciones de *miss* Burton —respondí—. Quiere que me haga cargo de ellas.

El asombro de su voz, ahora, no era fingido.

—¿Puede decirme a qué se debe eso, míster Tirrell? —inquirió.

—Ella dijo que no deseaba complicaciones.

Siguió un ligero lapsus de silencio, que cortó con una exclamación:

—No lo entiendo, querido.

—¿Qué es lo que no entiende, Piper?

—Eso. Que Sheila Burton quiera desprenderse de las riendas de la compañía, en favor de usted.

—¿Y por qué no?

—No sea tonto, amor. *Miss* Burton debe llevar algo entre ceja y ceja que no logro comprender. Veamos... —calló, observándose fijamente y, de pronto, casi sin transición alguna, añadió—: Si fuera yo, lo comprendería.

—¿Usted...? ¿Qué es lo que tenía que ser usted? —pregunté.

—¡Pero si es sencillo, míster Tirrell! Una chica como yo... trataría de conquistarle e incluso llegar al matrimonio para, pongamos por caso, mejorar de posición...

—¿Y...?

—*Miss* Burton es diferente... Lo tiene todo y... Bueno, el cuerpo de una mujer no es algo tan sagrado como para que no pueda ser entregado..., sobre todo si se busca en esa entrega algo que no se tiene. Y ella estuvo en su apartamento.

—Le dije que...

—Sé lo que me dijo —cortó ella fríamente—, pero eso no lo cree ni usted mismo, por la simple razón de que sé lo que ocurrió entre ustedes dos, exactamente como si yo también hubiese estado allí.

—¿Y eso le disgusta?

—¡Por supuesto que sí, querido! —respondió—. Quiero ser única

en todo —hizo una pausa y añadió, en vista de que yo no decía nada—: Vamos, estoy esperando.

Al terminar con el dictado se puso en pie, dio media vuelta y alcanzó la puerta. Allí se volvió a mirarme, diciendo:

—Cuando regrese usted, tendrá listo este contrato.

—No sabía que tenía que salir —dije.

Sus bellos ojos se mostraron risueños una vez más, cuando soltó la bomba:

—Le están esperando en el Departamento de Homicidios, míster Tirrell.

—¿Qué...? ¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Y para qué?

—No me lo explicaron —fue lo que respondió, un segundo antes de cruzar el umbral.

Unos minutos más tarde salí a la calle y, tomando el coche, me dirigí hacia la calle 53 Oeste, donde lo detuve frente al número 892 y, luego de descender, me enfrenté a uno de los policías que había en la puerta.

—¿El teniente Madigan? —pregunté.

—Siga por ese pasillo de la derecha. Ya verá el letrero en una de las puertas.

Sesenta segundos más tarde, levantaba la mano para llamar con los nudillos, entre ruido de conversaciones y tecleo de máquinas de escribir.

—Adelante; está abierta.

Empujé la hoja de madera y entré en el despacho.

Paredes grises, sucias, frías; al fondo, un cuadro del presidente de los Estados Unidos, la mesa llena de papeles, un par de sillones destartalados y al otro lado de la mesa, sentado en otro, le vi.

Rod Madigan, teniente del Departamento de Homicidios de Nueva York.

—¿Y...?

—Me dijeron que deseaba verme, teniente.

No sonrió cuando dijo:

—Yo siempre estoy deseando ver a alguien.

—Sí, es posible... y hasta puede creerse —indiqué—. Me llamo Tirrell; Jeff Tirrell, de la firma Burton &...

Hizo un gesto con la mano, me interrumpí, y tomé asiento frente a él, en el sillón que me indicaba.

Y el silencio que siguió a continuación se me antojó curiosamente espeso.

Lo rompió Madigan:

—Le supongo enterado de la muerte de míster Burton, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí—. Lo leí en el periódico.

—¿Y por eso regresó? —Era la misma pregunta que me hizo Sheila, pero no me dio tiempo a responder, pues añadió casi a continuación—: ¿Dónde fue de vacaciones, míster Tirrell?

—A Frisco, y más tarde visité Los Ángeles. ¿Por qué?

—¿Cuándo llegó a Nueva York?

—Ayer por la mañana, teniente —respondí, sin vacilar—, cosa que puede comprobar con extrema facilidad. Y ahora, si no le molesta, ¿puede contestarme a una pregunta?

—¿Tiene amigos en San Francisco y en Los Ángeles, míster Tirrell? Me refiero a alguien que...

Me puse en pie y se interrumpió, mirándome con una ceja ligeramente arqueada.

—Escuche, teniente...

—Síntese, por favor —vacilé un poco, y finalmente terminé por dejarme caer sobre el sillón, mientras él añadía—: Perdone, pero es mi obligación hacer preguntas. Necesito respuestas para la encuesta preliminar que se celebrará mañana.

—Si míster Burton murió de muerte natural, según el *New York Tribune*, ¿quiere decirme qué hace en este caso el Departamento de Homicidios?

—Pura rutina, míster Tirrell. El teniente

O'Connors

es quien debiera cuidarse de esto, pero está de vacaciones. ¿Satisfecho?

¿Lo estaba, en verdad, con aquella explicación?

—¿Y bien, teniente...?

—Volviendo a la encuesta de mañana —respondió, tras unos segundos de silencio—, usted estará presente, ¿verdad?

—Me temo que no, teniente —respondí.

—¿No...? —Había extrañeza en su voz—. ¿Puedo saber por qué?

—Hay una junta general extraordinaria, y debo hallarme allí.

—Es una lástima, míster Tirrell —dijo a continuación.

—¿Por qué?

Una vez más no contestó a mi pregunta, y sí formuló otra:

—Dígame, ¿qué sabe de los amigos de míster Burton?

—Nada.

—¿Y de sus enemigos?

—Nada tampoco, teniente.

—¿Quiere decir que no sabe si los tenía?

—Todo hombre de Wall Street los tiene, en mayor o menor grado. O por lo menos, es lo que supongo yo.

—Y usted, míster Tirrell, ¿cómo se llevaba con él?

—Bien. Era su hombre de confianza —repuse calmadamente y sin mentir.

—Sí, ya lo sé. Me lo dijeron, ¿sabe? Pero no me refería a eso, naturalmente.

—Naturalmente, teniente —retuqué—, sé que no se refería a eso, sino a mis sentimientos personales hacia él. ¿Es o no es así?

—Correcto —repuso—; ni yo mismo hubiera podido expresarme mejor. Y bien, ¿qué hay de ello?

—Nada —repetí una vez más.

—¿Quiere decir qué...?

—Mis sentimientos, teniente —le interrumpí—, son cosa mía, particulares, privados, si lo prefiere así, y no de la policía.

—¿Qué haría si recibiera un citatorio oficial?

—¿Para la encuesta?

—Sí, así es.

—Iría, desde luego, teniente..., pero mis respuestas a las preguntas del juez o del fiscal no diferirían mucho de las que acabo de darle. ¿Algo más?

—No, y gracias.

Salí a la calle.

CAPÍTULO III

No vi en todo el día a Sheila ni tampoco a Piper. Ni siquiera a nadie de los que componíamos el personal de la empresa; es decir, no les vi, porque no me presenté allí. Tan sólo me puse en contacto telefónico con Piper para que llevara el contrato a Sheila y, empuñando el volante del coche, deambulé de un lado para otro, pensando.

La verdad es que la conversación sostenida con el teniente Madigan me había dado sobrados motivos para meditar.

Con la noche me retiré a descansar a un motel de la carretera 21, pues no deseaba ir a mi apartamento; no deseaba, en fin, enfrentarme con Sheila ni con cualquier clase de visitas.

Y tardé bastante en conciliar el sueño. Las palabras, el interrogatorio a que con toda cortesía me había sometido Madigan, batallaban en el interior de mi mente, impidiéndome dormir.

Me puse en pie, abandonando la cama bastante temprano, me di una ducha para despejarme del todo y regresé a Nueva York, directamente a Wall Street... y confieso, aún ahora lo recuerdo, que tuve un presentimiento, algo extraño en mí, unos minutos antes de que desembocara frente al edificio donde los Burton tenían su sede.

Luego... disminuí la velocidad, detuve el coche junto al bordillo de la acera, descendí y lentamente, muy lentamente, traté casi en vano de abrirme paso hacia la ambulancia que había allí estacionada, frente a la puerta de reja y cristal, entre el gentío que abarrotaba la acera y varios policías de uniforme que trataban de despejarla.

Sin saber cómo, me vi frente a uno de ellos.

—Por favor..., circule..., por favor, no ha pasado nada...

—Me llamo Tirrell —le interrumpí—, y trabajo en la empresa.

—¿Burton &...?

—Sí, así es.

—Pase. El teniente Madigan está dentro —repuso, interrumpiéndome a su vez y mirándome con curiosidad.

Lo hice. Alcancé el amplio *hall*, yendo hacia uno de los ascensores, pero no llegué porque, acercándoseme por la izquierda, vi al teniente Madigan acompañado de dos policías de uniforme.

—Buenos días, míster Tirrell —saludó secamente—. Le estaba esperando.

—¿A mí? ¿Qué es lo que ocurre, teniente? He visto la ambulancia ahí...

Dudó unos segundos, y por fin respondió:

—Mataron a uno de los accionistas. A un tal Fred Donovan. ¿Le conocía?

—Sí, así es. ¿Y dice que le mataron?

—Sí... —hizo una pausa, y disparó—: ¿Puede decirme dónde pasó la noche y con quién?

—Solo, teniente. En un motel de la carretera 21.

—¿Allí...? ¿Por qué?

—Deseaba... eso mismo que he dicho antes. Estar completamente solo.

—¿Para pensar?

—Sí, así es... y usted me dio motivo para deseárselo.

—¿Se refiere a nuestra conversación?

—Sí, así es.

—¿Y en qué pensó o pensaba, si puedo saberlo?

—En la conversación.

—No le gusta dar facilidades, ¿verdad?

—No, no muchas... sobre todo cuando no sé, a ciencia cierta, por qué debo o no responder. Dígame, teniente, ¿sospecha de mí?

—Sospecho de todos los que, de un modo u otro, estaban relacionados con míster Donovan.

—¿Cómo le mataron?

—De un tiro en la cabeza, cuando se encontraba en el salón donde acostumbraban ustedes a celebrar las reuniones.

—¿Algo más, teniente? —Fue lo que se me ocurrió preguntar.

—Nada por el momento, míster Tirrell, pero le ruego que no abandone Nueva York por el momento; por lo menos, sin que yo lo sepa.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Bueno, verá... Tal vez le necesite para la encuesta.

—¿Otra...? Según tengo entendido, esta mañana...

—Ahora se está celebrando, por lo que le ruego me disculpe.

Quedé solo, pensativo.

Subí hasta el decimoquinto piso, empujé la acristalada puerta y me vi, una vez en el interior del amplio salón, con empleados de ambos sexos, callados, con caras largas, preocupados. Sin mirarlos, me encaminé hacia la puerta, hacia una de las puertas situadas frente a mí, a la derecha.

Crucé al otro lado; un amplio pasillo, alfombrado, y, al fondo, una puerta más, que también empujé, franqueándome el paso.

Las ventanas estaban abiertas; en el suelo, sobre la alfombra, al lado de uno de los sillones que rodeaban la larga y rectangular mesa, vi el dibujo que alguien de la policía había hecho con tiza, representando el cadáver del que en vida se llamara Fred Donovan.

Durante unos minutos estuve contemplando el dibujo, y luego mis ojos recorrieron toda la estancia, las estanterías, la mesa pulida, brillante, el lugar de cabecera donde, en otro tiempo, no hacía mucho, se había sentado el padre de Sheila Burton.

Un roce a mi espalda...

Piper, mi secretaria, inició una sonrisa que no fue nada más que una mueca nerviosa en sus labios.

—¿Qué hace aquí? —pregunté.

—¡Oh! —exclamó, apartándose del marco y avanzando unos pasos con los ojos fijos en el dibujo de tiza—. Ni..., ni yo misma lo sé, mister Tirrell.

—¿Vino *miss* Burton?

—No, pero firmó el contrato que le llevé y en el cual usted se convierte en poco menos que...

—Sé todo eso, muchacha —corté—. ¿Y qué más?

—No le gustó mi presencia en su casa. Esperaba..., le esperaba a usted.

—¿Le dijo eso?

—¡Por supuesto que no, querido! —dijo—. Pero bastaba ver su cara, cuando me vio, para comprenderlo.

—Venga conmigo, Piper; en el despacho hablaremos mejor.

Se dejó caer en uno de los sillones apenas si entramos y, desde el fondo, me miró a los ojos, con los suyos un tanto velados por las

largas pestañas.

—¿Y bien, míster Tirrell...? —inquirió.

—¿Se presentaron todos los accionistas?

—Sí, así fue... pero se fueron luego de que la policía les interrogó.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Míster Phil Lancaster —respondió.

—¿Qué sabe de esto, Piper?

—¡Míster Tirrell! —exclamó—. ¿Cómo puede preguntarme eso?

—Podía haber oído algo, querida.

—¿Se refiere a conversaciones sostenidas entre los miembros..., entre los accionistas?

—Me ha captado perfectamente, querida.

—Pues, no; nada de eso. Ellos, en apariencia por lo menos, se llevan bien.

Di media vuelta, una repentina media vuelta, y me acerqué a la puerta.

—Míster Tirrell...

—¿Sí...?

—No me diga que se marcha.

—Pues eso es, precisamente, lo que voy a hacer.

—Pero la oficina no puede permanecer sin...

—Sé que puede, muchacha —corté, casi en seco.

—Sí, tal vez... —dijo pensativa, y preguntó, sin transición alguna—: ¿Qué debo decirle a *miss* Burton si viene o si telefonea preguntando por usted?

—Que he salido, pero que no sabe dónde fui... y que nos veremos esta noche.

—¿En su apartamento, querido..., o la cita es en un motel cualquiera?

—La cita, pequeña, si la hay, yo mismo la concertaré.

Salí sin volver la cabeza y sin esperar su respuesta.

Detuve el coche frente al número 983, salté fuera, crucé la acera y pulsé el botón del zumbador.

Casi al instante hubo un zumbido en la puerta enrejada de la entrada, y la empujé franqueándome el paso. Anduve como cosa de doscientas yardas por el enarenado camino, hacia el porche de mármol con columnas, y de nuevo volví a llamar, tan pronto como

me encontré frente a la puerta de acceso a la casa.

Hubo unos segundos de silencio, tal vez un minuto, que transcurrió sin notar, y la puerta se abrió enmarcándola en el umbral.

—Hola, Jeff —saludó acercándoseme y ofreciéndome las mejillas, que besé—. Vamos, entra.

De la cintura la llevé hasta el amplio y lujoso *living-room*, donde se sentó en el sofá, ofreciéndome uno de los sillones.

La miré, en tanto la imitaba.

—¿Sabes una cosa? —preguntó de pronto, sobresaltándose y rompiendo al mismo tiempo el hilo de mis pensamientos—. No, ¿verdad? Pues..., pues odio todo esto; todo lo que me rodea... y lo odio desde el primer día.

Sospechaba aquello desde hacía tiempo, pero no quise responder, por lo que formulé una pregunta:

—¿Lo sabes ya?

—¿La muerte de Fred...? Sí, claro, estuvo a verme la policía.

—¿Y...?

—Tengo motivos para haber sido yo quien lo hiciera, ¿comprendes?

—No —dije mintiendo, y fingiendo una sorpresa que no sentía.

—Yo... Verás, lo nuestro fue un matrimonio por conveniencia... y denigrante. Concibo que una mujer se entregue a un hombre por amor..., pero no por dinero o unas cochinas acciones... y éste fue el caso de Fred y mío. No... nos llevamos bien desde el primer día..., cosa que..., que... era sencillo de imaginar.

—¿Alguna aventura, Iris?

—¿Quieres decir si he tenido un amante? ¿Es eso, no?

—Sí; es lo primero que tratará de investigar la policía.

—Y no encontrará nada, nada, ¿sabes? Fui fiel en este año..., pero te confieso que muchas veces me pregunté hasta cuándo podría serlo.

Miré a mi alrededor.

—Se me ha dicho que no abandone Nueva York bajo ningún pretexto —me interrumpió una vez más.

—Y vas a hacerlo, ¿verdad?

—¿La ciudad...? No, desde luego, no... Pero sí esta casa... Falta... es decir, siempre faltó algo.

—¿Un hombre del cual estuvieras enamorada, Iris?

—¿Y quién te ha dicho que no haya uno al que verdaderamente quiera yo, tonto?

—Sí, es cierto —repuso, sorprendido—. Puede haberlo, claro.

—Lo hay, Jeff; eso por descontado..., pero él no lo sabe... aunque ahora..., ahora, cuando pase todo esto... puede..., puede que sea yo misma la que se lo diga.

—¿Le conozco yo?

—Sí, así es...

—Si puedo hacer algo...

—No, no puedes... hacer más de lo que ya estás haciendo.

—Dime, Iris, ¿tenía tu marido muchos enemigos?

—El nunca hablaba mucho de sus cosas conmigo —señaló hacia atrás, por encima de su hombro, y continuó—: Esa de ahí es mi habitación, mi dormitorio. El suyo está en el otro piso. Como ves, estábamos prácticamente separados desde hace tres o cuatro meses.

—¿Qué puedes decirme de *miss* Sheila Burton?

—Creí que la conocías bien, Jeff —dijo como respuesta.

—Sólo la he visto dos veces —repliqué—. Dime, Iris, ¿qué sabes de ella?

—Es..., es... Bueno, querido, es una gran mujer, con un solo defecto —dejó transcurrir unos segundos de silencio, y añadió—: Sí, un solo defecto, que es sencillamente que no repara en medios cuando desea conseguir algo.

Recordé las horas pasadas en el lecho, que compartimos los dos, y mentalmente le di la razón.

—¿Nada más, Iris?

—Nada más, Jeff.

—Dime, muchacha —pregunté, tras una ligera duda—. ¿Sospechas de alguien como presunto asesino de Fred?

—Por supuesto que no. Ya te dije que Fred y yo... no nos teníamos confianza alguna. El procuraba vivir su vida, y nada más.

—¿Y tú, Iris?

—Debí hacerlo, pero no fue así, como también te dije.

Me puse en pie, y ella me miró, sorprendida.

—¿Te marchas ya?

—Sí, así es.

Abandonó el sillón y se me acercó.

CAPÍTULO IV

Puse la mano en su espalda, y así la empujé fuera del *living-room*, hacia la puerta de acceso, a la salida del apartamento.

—Espero que nos veamos de nuevo, Jeff —dijo.

Me incliné para besarla en la mejilla, como había hecho siempre, y sonrió.

—No, así no —dijo—, ahora ya no hace falta que sea de este modo.

Puso las manos sobre mis hombros, elevando la cabeza con los labios entreabiertos, y casi no tuve que inclinarme para besarla, mientras mis manos se cerraban alrededor de su esbelta y estrecha cintura.

Al terminar, un largo minuto más tarde, sólo dijo:

—¿Nos volveremos a ver?

—Sí, así es —respondí.

—Pero no aquí.

—¿No...? ¿Por qué?

—No me resultaría agradable, ¿comprendes?

Dije que sí, y me despedí de ella.

Una vez más frente al volante, pensé en Phil Lancaster, y tomé la dirección de su casa, pensando asimismo que estaba obrando como cualquier policía de opereta, y que estaba también comportándome de un modo harto estúpido.

Detuve el coche frente al número 789 de la calle 49, descendí, crucé la acera y entré en el ascensor, luego de saludar con la mano al portero. Pulsé a continuación el botón que debía conducirme al décimo piso.

Apartamento 83, letra F.

Allí, frente a la puerta, vacilé ahora, preguntándome *in mente* si debía continuar o, por el contrario, dar media vuelta y regresar a Wall Street.

Opté por lo primero, y llamé.

No tardó mucho en abrir, y tan pronto como me enfrenté, desde el otro lado de la puerta, vi la sorpresa que en sus ojos producía mi inesperada visita.

—Hola, míster Tirrell —dijo—. Pase, ¿quiere?

Entré, y añadió, abarcando el interior del apartamento, con un amplio ademán.

—Por aquí, por favor.

Nos detuvimos en el *living*, que miré lo mismo que ya observara el interior del perteneciente a Iris Donovan, dándome cuenta que allí también el lujo era una constante; el lujo y el confort.

—Siéntese, ¿quiere, Tirrell?

Lo hice, sin dejar de mirarle.

—¿Una copa?

—*Whisky*, si tiene. Gracias —respondí.

Cuando regresó a mi lado, fue para darme uno de los dos vasos que llevaba y para, a continuación, sentarse frente a mí, en otro de los sillones.

Bebió un poco, y preguntó:

—¿Y bien?

—Le supongo enterado de la muerte de míster Donovan, ¿verdad?

—Sí —frunció el ceño—. Yo mismo descubrí el cadáver, cerré la puerta de la sala de consejos y llamé a la policía, rogando a los demás que no se movieran de allí.

—¿De quién sospecha, Lancaster?

—De nadie y de todos... Y a propósito, ¿en calidad de qué me hace tantas preguntas? Usted no es nada más que el secretario general de la compañía... o lo era, estando con vida míster...

—Ahora, uno de los principales accionistas —contradije suavemente—. El principal, diría yo.

—Repita eso —pidió.

—El principal accionista de la compañía, ahora, soy yo, Lancaster —dije.

—¿Sí...? ¿Y en virtud de qué, si puedo saberlo?

—A esa respuesta, no puedo contestar —dije—, aunque quizá *miss* Burton pueda hacerlo por mí.

—¡Cuernos, Tirrell! ¡No me diga que la pequeña Sheila le

traspasó las acciones de su padre, conjuntamente con las suyas!

—¿Y si fuera así...? —pregunté.

—Sólo me quedaría decir que le ha convertido en su amante de turno.

—¡Ah! —exclamé—. Pero ¿es que ha habido otros?

—Siempre hubo uno, Tirrell. Sheila no gasta escrúpulo alguno, cuando desea conseguir algo... o quitárselo de encima. Ella... es así.

Fue entonces cuando lancé el puño; un puño que llevaba dinamita dentro, y que empezó a cobrar fuerza casi desde abajo, en sentido ascendente, y que se estrelló contra un lado de la cara de Lancaster, que levantó los pies del suelo y cayó contra uno de los sillones, volteándolo al otro lado y arrastrándolo consigo.

Lentamente se puso en pie, extendió el otro brazo, y señaló la puerta.

—Por favor, Tirrell —dijo—, le ruego que salga.

No le di la espalda cuando avancé hacia la salida, cerrando la puerta del apartamento con suavidad.

Caía la tarde cuando alcancé el número 796, frente a cuyo edificio detuve el coche.

Dos minutos más tarde, me encontraba llamando frente a la puerta.

Me abrió Stella Barton, esposa de Joss Barton, otro de los accionistas de la compañía.

—Bien venido a esta casa, después de tanto tiempo, Jeff —dijo con una sonrisa, que no fue alegre, ni mucho menos.

—Gracias —dije—. ¿Está míster...?

—No, desde luego, no. Creo que fue al precinto de policía. Pero pase, y no se quede ahí. Aún puedo ofrecerle una copa, míster Tirrell.

La miré, antes de entrar.

Me estaba sonriendo, regocijada, cuando terminé con mi escrutinio.

—¿No entra? —preguntó.

—Sí, gracias... Perdone —dije.

—¿Qué quiere tomar? —inquirió—. ¿*Whisky*?

—Sí, gracias —repetí.

—Supongo que quiere hablar de míster Donovan, ¿verdad?

—Sí, así es —afirmé, con el vaso en la mano—. Daría Cualquier

cosa por saber quién diablos hizo eso y por qué.

—Iris pudo muy bien hacerlo, míster Tirrell.

—¿Iris? ¿Por qué?

—Todo el mundo sabe que ese matrimonio nunca fue bien. Fue algo así como un pacto, desde el principio al fin... y hay una póliza a nombre de Iris, por cincuenta mil dólares, que deberá cobrar... ahora que su marido ha muerto.

—¿Una póliza de...? ¿Sabe eso la policía? ¿Se lo ha dicho alguien?

—Sí, tal vez sí. Por lo menos, eso es lo que supongo. Pero si no ha sido así, no tardarán en enterarse, míster Tirrell... y temo que eso también le complique a usted.

—¿Sí...? ¿Quiere explicarme por qué, Stella?

—Todos sabemos la amistad que le une a Iris... y los besos en sus rosadas mejillas... que ella devuelve, incluso en público.

—¿Y eso es malo?

—No, desde luego, no, querido... hasta que el marido de ella muere de forma violenta, y los conocidos empiezan a murmurar... y recuerdan el matrimonio... y las camas separadas.

—No hay nada entre Iris y...

—Esa explicación no soy yo quien la necesita, míster Tirrell, sino la policía —me miró, pensativa, y añadió—: La verdad es que ni a míster Morgan ni a mí nos importa nada de eso.

—Hábleme de Sheila Burton —dije, cambiando repentinamente de conversación.

—Es una gran muchacha... Tal vez con un concepto equivocado de cómo se deben obtener las cosas.

—¿Algo en concreto?

—No hay escrúpulos para su ambición... si es que la tiene. De un modo u otro, siempre consigue lo que desea, por ambición, o por otra causa cualquiera. ¿Comprende lo que quiero decir?

No respondí a aquello.

Sabía que llevaba razón.

Las primeras estrellas brillaban en la noche cuando abandoné el apartamento de los Barton y me acerqué al coche, sin que el marido de Stella hubiera regresado aún.

Una póliza de cincuenta mil dólares, a nombre de Iris Donovan.

Fue entonces cuando tomé aquella determinación, marcando, de

aquel modo, sin saberlo, mi verdadero destino.

Vi la cabina cuando ya estaba casi abriendo la portezuela del coche, por lo que me desvié un tanto y entré, marcando a continuación.

—Casa de los Donovan... ¿Dígame?

—¿*Mistress* Donovan, por favor?

—¿De parte de quién?

Di mi nombre, y esperé.

—¿Jeff...?

—Hola, Iris —dije—, ¿dónde podríamos vemos?

—¿Ahora mismo?

—O dentro de un rato. Quiero hablar contigo.

—¿Importante...?

—Sí, claro —dije—. Puedo llevarte a cenar por ahí... si lo deseas.

—¿Y luego...?

—Tomaremos unas copas.

—¿Y más tarde...?

—Puede que te lleve a dar una vuelta por ahí, a un motel o a mi apartamento. Tú mandas, querida.

—Sabía que me pedirías eso, Jeff.

—¿Y...?

—Ven a buscarme dentro de veinte minutos, pero no subas. Yo... estaré posiblemente en el portal, pero, si no es así, espérame.

Conduje lentamente hasta el lugar de la cita, que alcancé con cinco minutos de retraso.

Iris estaba allí, en el portal, con el bolso en banderola, minifalda, una blusa sin mangas, medias negras, finas, de nylon, y botas altas, cubriendo elásticamente las rodillas perfectas.

Abrí la portezuela tan pronto como abandonó el amparo del portal, y cruzó la acera hacia el coche; se acomodó a mi lado y me ofreció los labios, que besé suavemente, acariciando sus esbeltos muslos.

—¿Dónde vamos? —pregunté, unos instantes después.

—¡Oh! —exclamó—. Por ahí, donde tú quieras... Esta noche voy a dejar que seas tú el que guíe el recorrido.

—¿Y otra noche?

—Seré yo la que mande, querido.

—Si no fuera por esa minifalda, podríamos ir...

—Mi minicombinación es también negra —me cortó con regocijo—, y no desdice nada de la minifalda... y con ella me puedes llevar a cualquier sitio, y tú lo sabes.

—¿Por qué no me la enseñas?

—¿La minicombinación?

—Sí, claro —repuse.

—Por supuesto que no voy a hacer nada de eso, amor.

Puse el coche en marcha, sin responder, embragué, y empezamos a rodar.

CAPÍTULO V

Hacía escasamente tres minutos que la llevaba enlazada por el centro de la pista de baile, cuando dijo en un susurro:

—Ahí les tienes, Jeff, amor.

—¿Quiénes?

—¡Oh! *Mistress* y míster Buchanan —replicó.

—¿Dónde? —Fue lo que pregunté.

—Ahí, en una de las mesas... —dejó transcurrir unos segundos de silencio, e inquirió—: ¿Quieres hablar con ellos?

—Del asesinato de Fred.

—Sí, supongo que es eso lo que deseas... y que por eso me has pedido que salga contigo esta noche. Dime, ¿de qué querías hablar conmigo? ¿Qué es eso tan importante que...?

—Antes, muchacha —dije—, vamos a terminar de bailar, y luego, con todo protocolo, iremos a saludarles, a presentarles nuestros respetos.

—¿Y luego...?

—Hablares tú y yo.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Sí, claro, tenemos una mesa, ¿no?

—Sí, así es... pero no voy a despegar los labios en este club.

—¿No...?

—Cierto que no.

—Entonces...

—No me gusta el sitio. Prefiero... prefiero otro.

—¿Dónde, pues?

—Dije... dije que esta noche eras tú el que debían llevar la iniciativa —terminó, empujándome hacia donde yo creía que debía encontrarse el matrimonio Buchanan.

La pelirroja Cora Buchanan fue la primera que nos vio, dando un codazo en el brazo de su marido que, a su vez, giró la cabeza,

mirándonos, y descubrí la sorpresa en sus ojos.

—Hola, Iris —fue Cora la que también saludó primero—. Bienvenida a nuestra mesa. Vamos, siéntate, querida.

Ambas mujeres se besaron en las mejillas, mientras Buchanan y yo nos enfrentábamos abiertamente.

—Hola, míster Tirrell —saludó con prevención—. ¿Qué le trae a un club como éste?

Fui a contestar, pero Iris se adelantó a mis deseos.

—Le pedí que me acompañara, míster Buchanan —dijo—. Quería hablar con míster Tirrell esta noche, y nada mejor que un sitio como éste.

—Lo cierto es que deseo hablar de míster Donovan. Le mataron, ¿saben?

El bello rostro de Cora se contrajo en una mueca.

—¿Vino, pues, a darnos la noche, míster Tirrell?

—¿Por qué ha de ser así? —adujo—. ¿Por unas cuantas preguntas?

—Cuyas respuestas dimos a la policía.

—Sí, claro, es lo que he supuesto —repliqué, fijando los míos en los ojos de Cora—. ¿Por qué le matarían?

Se agitó un poco, desvió los ojos hacia su marido, y repuso, sin mirarme:

—¿Espera que yo lo sepa, míster Tirrell?

—Por supuesto que no... pero quisiera que me diera una idea.

—¿Y no la tiene ya?

—No —repuse fríamente—, nada de eso.

—Pues... haría bien en preguntarle a Iris. Ella sí puede saberlo. Tenía un motivo, ¿sabe?

Vi, de soslayo, el gesto de Iris, y la interrumpí:

—Espera un momento, muchacha —dije—, que el asunto, por ahora, voy a llevarlo yo —y añadí, sin dejar de mirar a Buchanan, sorprendiéndole a mi vez—: ¿Se refiere a la póliza que Donovan hizo a favor de Iris?

Fue Cora la que contestó:

—¡Por supuesto que es así, míster Tirrell! Y usted también está complicado es eso... si fue Iris quien lo hizo. Por Iris misma, ¿comprende? Se rumorea... Bueno, ya debe saber lo que se rumorea de los dos... y aún más ahora, si alguien les ve juntos en un club

nocturno como éste... exactamente como si nada hubiese pasado.

Iris se puso bruscamente en pie.

—Vámonos ahora mismo, Jeff —dijo; y noté que su voz era ronca—. Vamos, ¿a qué esperas?

—Voy a convocar una junta extraordinaria para el lunes, míster Buchanan —dije secamente, y sin dejar de mirarle—. No falte, ¿comprende?

—¿Que usted va...? ¿Con qué derecho?

—Con el de poseer la mayoría de las acciones de la compañía. La pequeña Sheila las traspasó a mi nombre, según contrato, que mostraré en el momento oportuno.

—¡Querido; no me digas que Sheila hizo eso por ti! No... no lo entiendo.

Fue cuando emprendimos el camino, alejándonos de allí y de la Quinta Avenida, el momento que Iris escogió para preguntar:

—¿Es cierto que Sheila hizo eso, Jeff?

—Sí, así es —repuse, mirándola por el espejo retrovisor.

—Pues no lo entiendo —repitió por segunda vez en pocos minutos.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Eso... mismo. Lo que busca de ti... o lo que trata de ocultar, con esa cesión a tu favor.

Una hora más tarde, sin que en todo el trayecto hubiéramos pronunciado palabra, detuve el coche frente a uno de los moteles que hay a todo lo largo de la carretera 21, y la miré.

—¿Llevas dinero? —pregunté.

—Sí, claro, unos cincuenta dólares. Será suficiente incluso para tomar él desayuno mañana.

Abrí la portezuela, y me detuvo.

—Iré yo, Jeff —dijo—. Espérame aquí.

Cuando, cinco minutos más tarde, llegó a mi lado, su semblante y ojos estaban serios.

—Es la número cuatro, Jeff —dijo, mostrándome una llave.

Entró en el coche, y conduje hacia allí.

Iris abrió la puerta de la cabaña, y encendió la luz; miramos alrededor.

—Es... es confortable, ¿no? —dijo.

—Dime, Jeff —añadió sin mirarme, tras unos segundos de

silencio, lanzando la bota al suelo—: ¿Sabías, de verdad, lo de la póliza?

—¿Lo sabe la policía? —pregunté, a mi vez.

—Supongo que sí, querido. Y te apuesto a que, si sao es así, no tardan en enterarse.

—¿Le mataste tú, muchacha?

Se estaba quitando la negra media cuando fijó sus ojos en los míos, y luego, con un ademán de su mano derecha, señaló la puerta que quedaba ahora a mi espalda.

—Si te molesta mi compañía, Jeff, puedes dejarme sola. Sospecho que el motel tiene cabañas como ésta vacías.

—¿Vas a quedarte, entonces?

La pregunta era tonta, pero la formulé.

—¿Toda la noche?

No me respondió, pero sí dijo:

—Por favor, Jeff, apaga las luces, ¿quieres?

Di media vuelta, y alcancé el interruptor de la luz.

Pasamos el tiempo descansando. Una hora más tarde, ella se puso en pie. La miré.

—¿Te marchas? —pregunté.

—Cambié de parecer, querido —dijo, observándome atentamente entre las entornadas pestañas.

—¿Por qué?

—La policía y esa póliza. Puede... puede que me estén buscando ya.

Volvió a mirarme, ya desde la puerta de salida.

—Nos volveremos a ver —aseguró— pero ahora... debo irme.

—Puedes hacerlo mañana.

—Prefiero... salir ahora; estuve pensando, ¿sabes? Si me quedo más tiempo, voy a echar a perder esta noche que empezó maravillosamente bien.

Todavía resonaban sus pasos por el pasillo, aún retumbaban en mi mente al día siguiente, cuando me lancé de la cama al suelo, me vestí, fui al bar donde tomé el desayuno y, empuñando el volante, tomé al camino de Nueva York.

Piper preguntó, tan pronto como me vio entrar:

—¿De dónde sale usted, míster Tirrell? He tratado de localizarle desde anoche. Es decir, desde las cinco de la mañana.

—¿Y...?

—Le está buscando la policía —y mis músculos se tensaron como cuerdas de guitarra—. Es decir, el temiente Madigan vino bien temprano aquí, preguntando por usted. Dijo que era importante.

—¿Nada más?

—Nada más, en ese sentido. ¿Dónde se metió usted?

—Pasé la noche en un motel.

—¿Con *miss* Burton...? No, desde luego, no fue ella. ¿Acaso *mistress* Donovan?

—¿Por qué *mistress*...?

—¡Oh! —cortó en una exclamación consternada—. ¡Me olvidé! *Miss* Burton le está esperando en su despacho.

PRIVATE

Eso es lo que decía el letrero que había en la esmerilada puerta de cristal. Así, una sencilla palabra que, para todos los miembros de la compañía, e incluso para mí, era todo un símbolo.

Detrás de aquella puerta se había sentado, no hacía mucho, el viejo Burton, y ahora se sentaba toda una belleza de mujer; su hija Sheila.

Llamé con los nudillos.

—Pase.

—¡Jeff! ¿Desde cuándo tienes que pedir permiso para entrar en un lugar donde me encuentro yo?

Vino a mí, casi corriendo.

—Siéntate —dijo, un tanto sofocada—. Quiero hablar contigo.

Sheila, sin pronunciar palabra, lo hizo en otro, frente a mí.

—Madigan quiere hablar contigo, y es urgente.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Esta madrugada detuvieron a Iris Donovan, acusada del asesinato de su marido.

—¡Eso es absurdo! —estallé, sin poderme contener.

—¿Tú lo crees así, querido? —preguntó ella—. Pues yo no estoy tan segura, a menos..., a menos que tú...

—¿Que yo qué? —pregunté, en vista de que se detenía.

—A menos que tú corrobore su declaración.

—¿Qué declaración, Sheila? —inquirí.

—Ella jura que el día, o mejor dicho, la noche que mataron a su marido, os encontrabais juntos en un motel.

—¿Qué...?

—Que pasasteis la noche en un motel. Tú... tú eres su coartada, una coartada irrefutable, si en el precinto dices que es cierto.

—¿Estás segura de eso, pequeña? —pregunté.

—Sí, en lo que cabe. Ahora sólo falta que tú... tú... me digas si es cierto o no.

—¿Serviría de mucho si lo negara?

—No, posiblemente, no... porque aún hay más.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué es ello?

—Cuando la detuvieron, Iris confesó que había pasado parte de la noche contigo, en un motel de la carretera 21; que te dejó de madrugada porque tuvo la intuición de que la policía la estaba buscando, a causa de una póliza que su marido hizo en vida, a favor de ella.

Lentamente, me puse en pie.

—¿Te marchas?

—Sí, así es.

—¿Cuándo nos veremos?

—Tal vez... Bueno, en realidad, Sheila, no lo sé.

—Eso no es una respuesta.

—No, no lo es, desde luego.

—¿Por qué no sueltas, de una vez lo que llevas dentro, querido?

—Sí, tal vez sea mejor —repliqué. Vacilé un poco, y al fin dije como punto final—: Quizá nos veamos, Sheila, cuando te decidas a confesarme la verdad de los motivos que tuviste para entregarme las acciones de la compañía... y todo lo demás.

—¡Jeff!

No la oía ya; estaba junto a la puerta de salida, abrí, dejándola sola.

Conduje hasta el precinto de policía.

Tres cuartos de hora más tarde, un uniformado policía me condujo a presencia del teniente Madigan.

—Siéntese, míster Tirrell —invitó, tan pronto como estuve frente a él—. Y gracias por haber venido.

Sin responder, acepté la invitación, y tomé asiento frente a él, al

otro lado de la mesa.

Y esperé, segundos que se hicieron siglos.

—Estuve en sus oficinas de Wall Street —dijo, de pronto.

—Mi secretaria me lo indicó.

—¿Le dijo, también, para qué quería verle?

—Sí, así es. ¿Qué es lo que ocurre con *mistress* Donovan, teniente?

—Está acusada de asesinato en primer grado, y eso significa...

—La pena de muerte; ya lo sé —corté secamente—, pero no creo que esa acusación pueda prosperar.

—No, desde luego, si usted corrobora su declaración.

—¿Qué es...? —alenté suavemente.

—*Mistress* Donovan declaró que ella y usted pasaron la noche juntos en un motel, cuando mataron a su marido... y lo hemos comprobado.

—¿Con qué resultado? —pregunté—. ¿Me lo puede decir?

Sus ojos estaban helados, al responder:

—En el registró del hotel figura el nombre de Jeff Tirrell e Iris Donovan, matrimonio, y unas señas falsas, aquí, en Nueva York.

CAPÍTULO VI

Por espacio de unos segundos, no supe lo que decir; no pude tampoco pronunciar palabra; no era cierto, era una vulgar mentira, y sin embargo, la policía decía que sí.

Cómo logró hacerlo Iris, era un misterio para mí.

—¿No responde, míster Tirrell? En realidad, ¿es cierta la declaración de *mistress* Donovan?

Me puse en pie lentamente, y pregunté:

—¿Dónde está ella ahora, teniente?

—Detenida, por supuesto, pero sin que haya salido del edificio del precinto. ¿Quiere verla?

—No —dije a continuación—, pero me temo, teniente, que tendrá que soltarla.

—¡Cuernos, míster Tirrell! —estalló—. No puede hacerme eso a mí.

—Teniente —dije fríamente, decidido ya—. *Mistress* Donovan no dijo nada más que la verdad. Incluso el registro del motel lo prueba así. Por tanto, aunque a mí, en particular, no me guste, suéltela, o se verá en un lío, con el fiscal del distrito.

—¿Por qué, en particular a usted, no le gusta que la suelte, míster Tirrell?

—Porque la creo muy capaz de ir a mi apartamento.

—¿Y eso es lo que le desagrada?

—Confieso que no lo sé con seguridad.

Tuve la idea cuando, en la esquina inmediata, vi la cabina telefónica, por lo que detuve el coche, descendí, y, entrando, tomé el auricular y marqué.

Los Buchanan no estaban en su casa.

Busqué otro número... y así, de uno en uno, llamé a todos los accionistas, pero no pude encontrar a ninguno, por lo que intenté ponerme en comunicación con Piper.

Lo conseguí.

—Escuche, Piper, trate de ponerme en contacto con míster Buchanan y, cuando lo consiga, llámeme a mi apartamento.

—¿No prefiere que le lleve allí personalmente el mensaje?

—Por supuesto que no, querida.

—¡Oh! Dije... dije que posiblemente cualquier día...

—Escuche, Piper —corté—, diga a míster Buchanan que se ponga en contacto conmigo, que es urgente.

—Bien. ¿Para la reunión de mañana...?

—Cítelos, como le dije... y ya veremos qué es lo que haremos. Quiero decir que ya veremos si se celebra o no.

—No entiendo eso.

—Ni yo tampoco —respondí consoladoramente, y pregunté—. ¿Está ahí *miss* Burton?

Su voz, al responder, tomó una nota curiosa de cautela:

—Salió inmediatamente detrás de usted.

—¿Dijo adónde?

—No. Ni tampoco si volvería o no. ¿Algo más?

—No. Sólo que haga lo imposible por tratar de localizar a míster Buchanan. Y gracias.

Corté antes de que pudiera darme una respuesta, y me acerqué al coche.

Conduje ahora a mi apartamento, experimentando el instintivo temor de que Iris estuviera allí; que hubiera salido del precinto policíaco, y me estuviese esperando.

No sabía si lo deseaba o no, si quería o no verla, pero comprendía también que se imponía una explicación entre los dos.

Detuve el coche frente al edificio de apartamentos, utilicé el ascensor hasta alcanzar al mío, y entré.

Me detuve junto al marco de la puerta que daba acceso al *living*, mirando a mi alrededor, tan confuso y sorprendido como cuando Piper me dijo que Iris había declarado... lo que declaró a la policía, y que luego ésta comprobó como verdad irrefutable, a no ser que yo la rebatiera, con pruebas, por supuesto, y no con palabras.

Era una coartada... una perfecta e irrefutable coartada, como ya había pensado.

Hasta que dejé de hacerlo para centrar toda mi atención en lo que estaba viendo a mi alrededor.

Experto o no, el hombre o la persona que había registrado en mi ausencia el apartamento, casi lo había destrozado todo.

Me encogí de hombros, después, y, abandonando el sillón, me acerqué al teléfono; con gesto de resignación, marqué.

—¿Policía...? ¿Dígame...?

—Me llamó Tirrell —dije—, y casi han destrozado mi apartamento. Alguien lo registró, agente. ¿Puede ponerme con el teniente Madigan?

Medio minuto más tarde, regresé al sillón, vaso de *whisky* en la mano. Iba mediando el segundo cuando llamaron a la puerta, y fui a abrir, sabiendo a quién iba a ver.

Venía solo, y su pregunta, aun antes de que entrara en el apartamento, fue:

—¿Cómo ocurrió?

—No lo sé —respondí—. Fui a dar una vuelta y... cuando regresé, estaba todo esto como verá, tan pronto entre —me aparté de la puerta, cruzó el umbral y cerré a nuestra espalda—. Por aquí, teniente.

Ambos, el uno tras los pasos del otro, entramos en el *living*.

Madigan no dijo nada, se limitó a mirar a su alrededor y, señalando la puerta de acceso a mi dormitorio, preguntó:

—¿Puedo...?

—Por supuesto que sí, teniente —dijo—, está usted en su casa.

Madigan no tardó mucho en reaparecer, cuestión de un par de minutos, pero no más, y su pregunta no me sorprendió en modo alguno, ya que se puede decir que la esperaba:

—¿Sospecha quién pueda ser el que hizo esto?

—No.

Se acercó a otro de los sillones, lo levantó y se sentó en él.

—Ninguna idea, míster Tirrell —insistió.

—No, ninguna —retroqué.

—Entonces, como cosa lógica, tampoco sabrá qué es lo que buscaban.

—Lo cierto en este hecho —repliqué— es lo que está viendo, Madigan. Nada más que eso. Quién o por qué lo hicieron, escapa, por ahora, a mi entendimiento.

Hubo una larga pausa entre los dos, que Madigan rompió bruscamente:

—Solté a *mistress* Donovan, ¿comprende?

—¿Cuándo?

—A los pocos minutos de abandonar usted el precinto.

—Lo que, dicho en otras palabras, sospecha que fue ella quien lo hizo, ¿no?

—Sí, tal vez...

—Pues se equivoca de nuevo, teniente.

—¿Quiere decirme por qué?

—No tuvo tiempo. Eso es todo.

De nuevo guardó silencio, ahora unos segundos nada más, y dijo:

—Se rumorea que *miss* Burton le cedió a usted las acciones de su padre y las suyas. ¿Es cierto?

—¿Se rumorea, teniente, o se lo dije yo? —pregunté.

—Sea lo que fuere, míster Tirrell, quiero saber si es cierto.

—Sí, así es.

—¿Por qué lo hizo?

—Me temo, Madigan, que no voy a poder contestar a esa pregunta.

—¿No...? ¿Por qué?

—Porque *miss* Burton no me lo dijo.

—¿Y usted aceptó? ¿Así, por las buenas, sin explicación alguna?

—Así es, teniente.

—Eso, míster Tirrell, no lo cree ni usted mismo.

No respondí y se puso en pie, sin dejar de mirarme.

—Trataré de averiguar algo —fue lo que dijo, unos segundos antes de dar media vuelta y encaminarse hacia la calle.

Quedé solo, pensando, y con los ojos fijos en el teléfono, hasta que levanté el auricular y llamé a Piper.

—¿Encontró a míster...? —Fue mi primera pregunta.

—No. Al parecer, se lo ha tragado la tierra.

Di las gracias, y corté la comunicación. Luego, tras lanzar una mirada al apartamento, a mi alrededor, salí a la calle.

Caía la noche cuando empuñé el volante y puse rumbo a la casa de los Barton. No los encontré, pero una de las doncellas me dijo que posiblemente vería a Stella en Broadway, en el Pelikano, por lo que puse rumbo hacia aquel lugar.

Eran las nueve y cuarto cuando entré en el club.

Vi a Stella y algo más.

Bailando en la pista, con los labios unidos a los de Phil Lancaster, y aquello no me gustó.

Pasé por su lado, sin que se apercibieran de mi presencia en el local, y fui a la barra, donde pedí un *whisky*.

Ahora no se besaban; bailaban estrechamente abrazados, conversando animadamente, hasta que uno de los dos me vio, tal vez por una casualidad; y de los dos, sospeché que fue Lancaster.

El abrazo que para ellos significaba el bailable que estaban interpretando, se rompió bruscamente; y tomé el vaso, llevándomelo a los labios cuando vi cómo ambos, luego de consultarse con una ligera mirada, se acercaban a la barra.

No me volví.

Esperé, y de los dos, fue Lancaster el que preguntó:

—¿Me estaba buscando, Tirrell?

—No, desde luego, no, pero confieso que desearía saber dónde se encuentra míster Barton en este momento.

—¿Por qué?

—¡Oh! —dije—. Sencillamente porque deseo hablar con él. Es importante, *mistress* Barton.

—Nos vio, ¿verdad, míster Tirrell?

—¿Les vi...? ¿Qué es lo que vi, según usted?

—Bueno... hace un momento... me estaba besando con Phil, y cualquiera...

—¡Stella!

—Me estaba besando contigo, amor —le interrumpió fríamente—, y míster Tirrell nos vio. Ahora puede pensar que...

La interrumpí a mi vez, con un gesto de mi mano.

—Eso es algo que a mí no me importa ni poco ni mucho. Ahora, ¿quieren decirme ambos si vieron a míster Buchanan o dónde puedo encontrarle?

—Tal vez en su casa —repuso Lancaster.

—No está allí —afirmé rotundamente—. Ni él ni su mujer.

—¡Ah!, ¿no? —intervino Stella—. En ese caso... Bueno, espero que lo averigüe un día de éstos, míster Tirrell.

—¿Qué diablos...?

Lentamente, me volví hacia la barra, y, pensativamente, terminé con el *whisky*, yendo después a una de las cabinas telefónicas del

club.

Marqué, pero el matrimonio compuesto por Cora y Buchanan, aún no habían regresado a su apartamento.

Salí a la calle.

CAPÍTULO VII

Vi el convertible estacionado frente a la puerta del edificio donde tenía mi apartamento, con la capota levantada, y la pareja en su interior, ocupando justo el lugar donde yo tenía que detener mi coche.

Lo hice detrás, aunque un tanto alejado, y les observé, preguntándome si aquello que estaba viendo era lo que Stella quiso significarme con sus palabras de despedida, no hacía ni media hora.

Iris Donovan se encontraba entre los brazos de John Buchanan, las bocas unidas en un prolongado beso, rodeándole el cuello con los suyos, hasta que, de un modo repentino, la vi debatirse, casi con furia, hasta que se separaron.

A continuación, ella tomó la palabra; la expresión un tanto furiosa de Buchanan, que contestó luego, como discutiendo algo con ella, después del beso; pero como cosa lógica, no pude distinguir sus palabras ni las de ella.

Duró poco, muy poco, y también ahora de un modo repentino, Iris abrió la portezuela y saltó a la acera. Caminó rápidamente hacia la puerta del edificio donde yo vivía, y hasta mi llegó la voz de Buchanan; ahora sí llegó:

—¡Iris!

No se volvió; entró en el portal, desapareciendo de la vista de los dos, y, siempre a través del cristal del parabrisas, observé el convertible del marido de Cora, y sobre todo, a él; a él en particular.

Se había vuelto cara al volante, había dejado de mirar el portal por donde Iris desapareciera, y esperé.

Transcurrieron unos segundos de indecisión por parte suya, y por fin puso el coche en marcha y, con una brusca arrancada, se alejó de allí.

Esperé hasta que los faros rojos de la trasera del automóvil se

perdieran en la distancia, y descendí entonces del mío, yendo tras ella.

Descendía el ascensor.

Esperé, sabiendo que era Iris, y no me equivoqué.

Se detuvo frente a mí, abrió la puerta corredera, y me miró fijamente unos instantes. Luego sonrió.

—Hola, Jeff —saludó—. Me soltaron, ¿sabes? Y... y... gracias por tu ayuda —señaló hacia arriba, prosiguiendo—: Tu apartamento... Bueno, llamé y... ya me iba. Creí... creí que no te vería ya esta noche.

—No creo que te guste mucho mi casa, por lo menos, esta noche, muchacha.

—¿No...? —había asombro en su voz—. Dije que odiaba todo aquello, que deseaba perderlo de vista y que...

—No está muy presentable; eso es lo que quiero decir.

—¿Que no...? ¿Te refieres al interior de tu apartamento?

—Por supuesto que sí.

—Bueno... quiero verlo, ¿sabes? Siento curiosidad por saber cómo vive un tipo como tú. Luego... nos iremos, si no me gusta.

—¿Sí...? ¿Dónde, si puedo saberlo?

—Conozco un motel con un dormitorio que es un sueño.

—¿Quién te lo enseñó? ¿Míster Buchanan, tal vez?

—¿Subimos?

Miró la puerta de acceso al edificio.

—¿Míster Buchanan, tal vez? —repetí.

—¿Subimos, Jeff?

—Entra —dije.

—¿Quién... quién hizo esto, Jeff? —preguntó.

—¿Tú no lo sabes? —pregunté a mi vez.

—¡Jeff! ¿Qué quieres decir? —Y añadió, en una brusca transición—: ¿Tienes algo de beber?

—En el bar, que es lo único que han respetado, como puedes ver, encontrarás lo que necesitas.

—¿Y tú, qué vas a tomar?

—*Whisky*.

Me dio la espalda, y fui a ocupar uno de los sillones, sin dejar de observarla.

—¿No tienes nada que decirme, Iris?

—Me viste con míster Buchanan, ¿verdad? —inquirió.

—¿Y qué más? —respondí.

—Y por tanto, me has juzgado ya y condenado también, ¿no?

Sin responder a aquello, pregunté:

—¿Qué hay de él, Iris?

—Vino a ofrecirme ayuda. Me... estaba esperando casi en la puerta del precinto de policía.

—¿Sí...?

—Así es.

—¿Qué clase de ayuda?

—La que es de suponer, querido. Sabe que estoy en un apuro... como sospechosa de asesinato y unas cuantas cosas más... y... y... me ofreció un puesto a su lado. En el mismo lecho. Una protección desinteresada, como puedes ver.

—¿Desde cuándo le conocías?

—Se puede decir que desde antes de casarme con Fred. Siempre me deseó.

—¿Y tú...?

—¿Te importa eso mucho, Jeff?

—Francamente, no —repuse rápidamente—, pero cuando lo sepa, no creo que la policía opine lo mismo, muchacha.

—Pasamos una noche juntos en un motel... pero aquello terminó de una vez por todas, y él lo supo siempre; lo sabe ahora, con más precisión.

—¿Por lo de esta noche?

—Sí, así es... Me besó, ¿sabes? Me pidió que le acompañara por ahí, y tú mismo viste con qué resultado.

Pensaba en Cora cuando dije, cambiando de conversación:

—¿Cómo lo hiciste, Iris?

—¿Te refieres a la noche en que Buchanan y yo...?

—Me refería, querida, naturalmente, a tu declaración a la policía. Ellos dijeron que comprobaron que la noche en que mataron a...

Su movimiento al alargar la mano para tomar el vaso, aquel movimiento sencillo, y tal vez algo inconsciente por parte de Iris, me interrumpió:

—Te dijeron la verdad, Jeff —dijo, un segundo antes de llevarse el vaso a los labios—, tu nombre y el mío están en el libro registro

de ese hotel.

—Es tu coartada, ¿no?

—Sí, así es... y no creo que rectifiques ahora. Y aunque lo hicieras, creo que... que te sería muy difícil rebatirme con éxito, delante de cualquier tribunal.

—¿Por qué mataste a tu marido, Iris?

—Verás, Jeff, amor, tenía un amante, ¿sabes? Íbamos a casarnos, pero Fred nos estorbaba, desde el momento en que se negó a darme el divorcio. Yo... te conocía como te conocíamos todos los de la compañía... y pensé en ti como coartada. Un hombre soltero, sin complicaciones, sin mujer, sin unos hijos... y podías ser muy bien esa llamada cabeza de turco. Interesante, ¿verdad?

—Confesión por confesión, Iris —dijo, ligeramente ronca la voz—: Sé o sospecho por qué lo hiciste. Buchanan por un lado... y tal vez por esa póliza de cincuenta mil dólares. Es un buen motivo, y Madigan lo sabe. Como también sabe que mentiste cuando declaraste que aquella noche la pasamos juntos en un motel...

—¿Sí...?

—Espera, pequeña, que aún no he terminado. Esa declaración caerá por su base tan pronto como... como la policía investigue en torno a ti, que ya lo está haciendo —corté secamente—. Posiblemente, saldrán a relucir tus relaciones con el que en vida fue tu marido y... tus amistades. Él nombre de Buchanan, unido al tuyo, en aquel motel del que me hablaste, no hace muchos minutos. Dirán que Fred Donovan se enteró de lo que había entre John Buchanan y tú, y que te amenazó con invalidar esa póliza y...

—Entonces —y estaba ya en pie, frente a mí, cuando empezó a hablar, interrumpiéndome— tú crees, en verdad, que yo maté a Fred.

—No veo otra explicación —dije.

Dio un paso, luego otro, y de forma repentina, movió las manos, pequeñas, finas y cuidadas pero fuertes, y las dos bofetadas estallaron en el interior del *living* como dos disparos.

Me puse en pie, y entonces ocurrió lo que menos esperaba; con un ligero grito, Iris se abalanzó hacia mí y noté su cuerpo contra el mío, y la voracidad de sus labios aplastados contra mi boca. Mis manos fueron a su cintura para corresponder a continuación a sus, caricias.

Media hora más tarde, todavía asida a mí, preguntó:

—Sigues creyendo que yo le maté, ¿verdad?

—Dame otra versión. Iris, si puedes —contesté.

—No fui yo, Jeff, a pesar de lo que puedas creer. Y si lo hubiera hecho, jamás te hubiera mezclado en esto. No había motivo; por lo menos, para mezclarte en un asesinato.

—¿Era el hombre Buchanan? Es decir, del que me hablaste. Ese del que estuviste...

—No te esfuerces, Jeff, que sé lo que quieres decir, y la respuesta es no. Buchanan fue algo casual, pero nada más.

—Es que... no te comprendo; ¡cuernos! —estallé, sentándome en la cama, cigarrillo en los labios—. Todo te acusa, muchacha.

—Lo sé.

—¿Y no se te ocurre nada más?

Saltó del lecho al suelo, y tomó una de las medias.

Empezaba a ponérsela cuando respondió:

—Se me ocurre marcharme, Jeff, querido, ¿comprendes?

No dije nada, por lo que continuó vistiéndose. Unos instantes después, hasta mis oídos llegó, ya en el pasillo, el ruido de sus pasos, y luego, el golpe de la puerta del apartamento, cuando Iris lo abandonó, cerrando a su espalda.

Allá, en el *living*, empezó a sonar el teléfono. Salté de la cama al suelo, crucé el umbral y levanté el auricular.

—¿Míster Tirrell...?

—Hola, Piper —dije, al reconocer su voz—. Espero que podré dormir alguna vez, ¿no?

—¡Ah! —respondió—. Pero ¿estaba durmiendo?

—Sí, así es.

—Increíble de todo punto, míster Tirrell.

—¿Sí? —quise saber—. ¿Por qué?

—Se me ocurrió pensar, de pronto, en *mistress* Donovan. ¿La vio? Apuesto a que sí.

—¿Y eso le disgusta, Piper?

—Le llamé para decirle que no pude localizar a míster Buchanan, pero sí a Cora.

—¿Dónde vio a Cora, Piper?

—No la vi, pero hablé con ella por teléfono. Está en su casa y me dijo... Bueno, que no sabía si su marido volvería esta noche o no.

—Volverá —fue lo que dije.

—¿Cómo está tan seguro?

—Eso no importa ahora. ¿Algo más?

Hubo un ligero silencio al otro lado de la línea y, de pronto, llegó a mi oído su voz regocijada, llena de burlona ironía, cuando preguntó:

—¿Quiere que vaya?

—¿Ir...? ¿Dónde tiene que ir? ¿A ver a *mistress* Buchanan?

—¡Por supuesto que no! Me refiero a su apartamento. Puedo hacerle compañía. Debe estar muy solo, ahora que *mistress* Donovan está detenida.

—Trate de ponerse en contacto con *mistress* Stella Barton y su marido. Dígales que quiero verles antes de la reunión de mañana.

—Pero...

Corté la comunicación, y fui al dormitorio.

CAPÍTULO VIII

Sabía que ya no iba a poder dormir en toda la noche, por lo que me vestí lentamente y salí a la calle. Piper podía o no localizar al matrimonio Barton; también podía o no volver a llamarme aquella noche, pero aquello, por el momento, nada me importaba.

Entré en el garaje donde guardaba mi coche, y empuñé el volante. Empecé a conducir por las anchas avenidas, casi carentes de circulación a aquella hora; anuncios cambiantes, luminosos, que se borraban en la noche, en la madrugada que estaba viviendo ya, buscando la carretera 21, y allí un motel.

El Ascuá de Oro, según las palabras de Iris, pronunciadas hacía unas horas, apenas unas horas... La caricia de sus manos en mi nuca, los labios sobre los míos, su bello cuerpo de sirena y la sonrisa de su boca; las manos en mi pelo, alborotándolo...

La carretera 21, el asfalto de la pista deslizándose hacia atrás, bajo las ruedas del coche. Los árboles a ambos lados de la amplia cinta y, de vez en vez, un luminoso poste indicativo.

Vi el motel poco más tarde, no recuerdo cuándo ni a qué hora, pero sí que la luna llena iluminaba el paisaje y los árboles, poblándolo de sombras fantasmales.

Había un «Ford Cortina 200» cuando detuve el «Cadillac» frente a la entrada principal del motel y, desde la ventanilla lateral derecha, examiné el edificio de cuatro plantas, cuyo letrero luminoso parpadeaba a la altura del segundo, sobre mi cabeza.

Quienquiera que fuera el hombre que acompañó a Iris Donovan hasta allí, fuera el que fuese, tenía buen gusto.

Abrí la portezuela y, en pie, junto al coche, miré a mi alrededor, observando las cabañas diseminadas a lo largo del edificio principal, preguntándome cuál de ellas sería la que empleó Iris y su desconocido acompañante para pasar la noche, usurpando mi nombre, y si este hombre, en unión de ella, habían asesinado a Fred

Donovan. Pero no supe darme la respuesta adecuada.

Cierto que todo lo hacía suponer así, incluso la póliza cuya beneficiaría era la viuda, pero había algo que no encajaba, una pieza suelta, que se encontraba en el lugar donde necesariamente no debiera estar. El, o lo que pudiera llamarse el factor desconocido.

Empecé a andar hacia la puerta de entrada, lancé una fugaz mirada al «Ford Cortina» y otra al bar, desierto a aquella hora.

Crucé el umbral, y ante mí se extendió un amplio salón, casi cuadrado, de mármol blanco, un tramo de escalera al fondo, con barandilla de madera y escalones también de mármol blanco. A la derecha de la escalera, el *comptoir*, y detrás del mismo, un hombre ni viejo ni joven, feo, con gafas, un tanto desaliñado en el vestir, que me dedicó una sonrisa mecánica.

—Buenas noches, forastero —dijo—. ¿Una habitación? ¿De matrimonio? ¿Solo?

—Nada de eso —respondí—. Deseo... Bueno, deseo hacerle unas cuantas preguntas.

La sonrisa se borró de su boca, y sus ojos, un tanto brillantes tras las gafas con montura de Carey, se volvieron bruscamente opacos, inexpresivos.

—Tal vez olvidé las respuestas.

—Sí, tal vez —retruqué—. Quizá fue así, pero eso nunca se sabe... hasta que no se empieza a preguntar.

—No, desde luego... pero le apuesto lo que quiera a que es así.

Hundí materialmente mi mano en uno de los bolsillos del pantalón, y la saqué armada de un billete de diez dólares, que dejé sobre el mostrador, delante de sus ojos.

—¿Está usted todas las noches aquí? —pregunté.

—No, aunque sí la mayoría.

—¿Puedo ver el libro registro del motel?

Nada, absolutamente nada, cambió en su rostro, que se mostró tan frío y hermético como lo fue primero su sonrisa y luego sus ojos.

—Olvidé dónde lo puse... o quizá... Sí, Joe, el encargado del día, se lo llevó. Dijo que tenía que arreglar o poner al corriente una cosa y...

Le interrumpí, poniendo un nuevo billete de diez dólares junto

al primero, y se interrumpió, a su vez:

—Éste es mi presupuesto hasta final de mes —dije—. Si esto no acucia su memoria, lo voy a sentir, amigo, pues, como le digo, ya no hay más.

Miró a su alrededor y, de un modo, repentino, sus dedos se pegaron a los billetes, billetes que desaparecieron de delante de mis ojos como por arte de brujería.

—Espere un momento, por favor.

Introdujo la mano bajo el mostrador y, unos segundos más tarde, tenía el libro registro frente a mis ojos.

Le miré, quizá un tanto irritado.

—¿Me está tomando el pelo? —pregunté.

Siguió sin alterarse en lo más mínimo.

—Es éste el libro, ¿verdad?

—Sí, así es... pero no es el que yo quiero, sino el otro.

Dudó unos segundos, muy pocos, y respondió:

—Ese libro que busca se perdió. Quiero decir que lo robaron, ¿entiende?

—No.

—Es lo que sospechaba que diría, pero es así, Joss, cuando hice el relevo con él, me lo dijo. Habló con el patrón, ¿sabe?, y le respondió que utilizara otro.

—¿Cuándo lo echó de menos?

—No lo sabe con seguridad, ya que hoy ha sido un mal día para el motel. Casi no ha venido nadie. Un hombre y una mujer, por separado, este mediodía, a los que atendió Joss, y ahora usted, si va a quedarse.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio, mientras trataba de coordinar mis ideas, y al fin respondí:

—Quizá recuerde un par de nombres.

Me miró, suspicaz, y corté en seco sus ilusiones, si las tenía, claro, de sacarme un solo dólar más:

—Haga memoria, o van a volarle esos dólares.

—Correcto, suéltelo de una vez, y lárguese.

—Fue un hombre y una mujer. Un tal Jeff Tirrell, e Iris Donovan. Marido y mujer. Sé que estuvieron aquí hace...

—Recuerdo el caso —me interrumpió—. Por cierto, la policía estuvo haciendo preguntas en el motel, respecto a esa pareja. Ella

era...

La descripción cuadrada con la de Iris, por lo que esperé casi sin escucharle hasta que terminó.

—¿Eso es todo? —inquirí.

—Por supuesto. Oiga, ¿es usted de la policía?

—¿Qué hay del acompañante de la muchacha?

—No le vi.

—¿Qué?

—No se dejó ver en ningún momento, lo que no es extraño del todo, ¿entiende? Unas veces se les ve a los dos juntos, cuando vienen por parejas, y otras sólo a él, o a ella. Eso depende de la circunstancia de los dos.

—Y en este caso...

—Ya se lo dije. No vi al tipo en cuestión. Y por favor, no más preguntas. Es... muy tarde, y debo cerrar la puerta.

Hizo ademán de abandonar el amparo del mostrador y, una vez más, le interrumpí:

—Una sola pregunta; una más, y me voy.

—Bien...

—¿En qué cabaña pasaron la noche?

—En la siete. Al día siguiente, cuando fui a ver si necesitaban algo, el tipo ya se había ido, y ella estaba sola.

—Bien... y gracias por todo, amigo. Ahora, voy a pasar la noche en esa cabaña.

—¿Que va a...?

—¿Está, acaso, ocupada?

—No..., desde luego, no.

—En ese caso...

Unos minutos más tarde, y una vez más, mi nombre, pero ahora solo, constaba en el libro registro de aquel motel, en la misma cabaña que ocupara el hombre que me sustituyó aquella noche en los brazos de Iris Donovan.

Algo que no encajaba.

El «Ford Cortina» aún se encontraba estacionado frente a la puerta principal, cuando abandoné el edificio central del motel, y, por unos segundos, sentí la perentoria necesidad de dar media vuelta y preguntarle al encargado quién había venido en aquel coche, pero no lo hice, por lo que continué mi camino, ahora por la

estrecha acera, llevando a un lado la cinta de la carretera y al otro los macizos de flores y los árboles, y detrás de aquéllos, las cabañas de madera de adobe, con sus amplios y bien montados porches. Me dije que allí, en brazos de cualquier mujer, se debía estar bien, cómodo, extraordinariamente cómodo, y también extraordinariamente tranquilo.

Conté los números casi de modo instintivo, y me detuve mirando el siete, fijo, dorado, sobre el marco de la puerta, para luego, también de modo instintivo, lanzar una mirada a mi alrededor.

Recordé, sin saber por qué, al teniente Madigan de la Metropolitana, cuando dio un par de pasos al frente e introduje la llave en la cerradura, abriendo la puerta a continuación.

Tanteé el marco, buscando el interruptor de la luz, y la encendí; di un paso al frente, y ella estaba allí, con los ojos bellos y grandes llenos de susto, a pesar de la automática que empuñaba con mano firme, cuyo cañón me apuntaba al pecho.

Me detuve en seco, quizá tan sorprendido como ella misma.

—¡Ah! ¡Es usted!

Y guardó el arma, en las profundidades del bolso que llevaba en bandolera.

—Vamos, pase y no se quede ahí parado —continuó—. Y cierre la puerta.

Lo hice, con el tacón del zapato, sin volverme, encajando el pestillo, y, sin pronunciar palabra, fui a sentarme en uno de los sillones, teniendo frente a mí a otro, el sofá, y las puertas de dos habitaciones; el dormitorio y la de acceso al cuarto de baño.

—¿Sorprendido?

—Sí, así es —respondí—. Y ahora que lo sabe, ¿quiere decirme qué hace aquí y cómo ha entrado, *mistress* Barton?

Stella me dedicó una sonrisa, sentándose, a su vez, frente a mí.

—Creo que es la misma pregunta que debo hacerle yo, míster Tirrell —replicó.

—A la que responderé diciendo que alquilé esta cabaña para pasar la noche, *mistress*...

—Llámeme Stella —cortó, un tanto secamente—. Y... ¿puedo preguntarle una cosa?

—Por supuesto que sí, querida.

—¿Vino solo?

—¿Quiere decir que si traje compañía femenina?

—Sí, así es.

—Pues no. Voy de paso, se me hizo tarde, y alquilé esta cabaña.

—Le traía recuerdos a la mente, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Lo he supuesto —y su voz era ahora decididamente fría—. El pasar una noche con Iris Donovan debe ser algo que ningún hombre olvidaría fácilmente.

—En eso lleva razón —afirmé, deseando saber hasta dónde alcanzaban los pensamientos que anidaban en el interior de su bella y altiva cabeza.

Pero no lo conseguí porque ella cambiaba en aquel momento de conversación, aunque, en realidad, en el fondo, era la misma.

—Vine dando un paseo —dijo, de pronto, y casi sin transición alguna—. Era eso lo que deseaba saber, ¿verdad?

—Sí —dije—. Y algo más.

—¿Como qué?

—Pongamos que siento curiosidad por saber lo que ya le dije antes, por qué precisamente escogió esta cabaña para investigar, y cómo entró.

—Por una ventana de la parte de atrás. No está muy alta, míster Tirrell; y entré.

—¿Qué buscaba, Stella?

Siguió, entre los dos, un pequeño silencio, que se hizo penoso, extremadamente penoso, y que ella rompió repentinamente:

—Usted me vio esta noche, míster Tirrell, poco menos que en los brazos de Phil Lancaster. Nos estábamos besando, ¿recuerda?

—Sí, creo que sí —dije, tratando de adivinar adónde quería ir a parar con aquel preámbulo.

—Fue entonces cuando se me ocurrió la idea.

—¿Qué idea?

—Bueno, la de venir aquí, a esta cabaña.

—¿Para qué? —inquirí.

—¿No lo adivina?

—No, confieso que no.

—¡Pero si es sencillo, querido! Trataba de encontrar algo, cualquier cosa que hubiera en el interior de esta cabaña, que constituyera una prueba irrefutable de que usted no fue el hombre

que pasó la noche con Iris cuando mataron a... a...

—¿Y la encontró? —interrumpí.

—No, confieso que no, y confieso también que lo siento.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Estoy tratando, como supondrá, de romper, de destrozar esa coartada de Iris Donovan, y de demostrar, con ello, que usted también ha mentido.

—¿Por qué?

—¿El motivo...? ¿Es eso lo que quiere saber, míster Tirrell? ¡Creí que ya lo habría adivinado!

—Siempre fui un poco tardo en comprender las cosas —dije.

—Es... por lo de esta noche pasada. Usted... puede sentir deseos de... de hablar con míster Barton, y esto no sería conveniente para mí. Digamos que vine a este motel tratando de buscar una salvaguarda para mí.

—¿En contra mía?

—¿Y por qué no? —preguntó a su vez.

Ponía la mano sobre el tirador cuando la llamé:

—Stella.

Ladeó la cabeza y me miró.

—¿Sí...?

—¿Por qué no se queda?

Sus ojos se agrandaron.

—¿Con usted? ¿Aquí?

Había extrañeza en su voz.

—Por supuesto, muchacha —dije.

El silencio entre los dos se eternizó.

CAPÍTULO IX

Un silencio largo, pesado, en tanto que ella permanecía inmóvil junto a la puerta, mano en el tirador, observándome atentamente, pero sin responder.

No dije nada, empero; aquélla era una batalla que tenía que ganar o perder ella misma.

Lo rompió al fin:

—Creo, míster Tirrell, que, si lo hiciera, el hecho, en sí, no conduciría a nada.

Terminó de abrir la puerta, y salió, dejándome solo. Fue entonces cuando me puse en pie, abandonando el sillón, y me acerqué a la ventana, mirando fuera entre los visillos, hasta que la vi.

Caminando por la acera, lo mismo que yo hiciera antes, en dirección al «Ford Cortina». La vi asimismo subir, y, pocos segundos más tarde, las luces piloto del coche se perdían en la distancia.

Me aparté de allí, y miré a mi alrededor. El silencio reinante en el interior de la cabaña se me antojó opresivo; el perfume sutil que usaba Stella Burton impregnaba el ambiente...

El sol asomaba por el horizonte, cuando terminé de registrar el interior de la cabaña, pulgada a pulgada, con el resultado más decepcionante que jamás pude imaginar. Si allí hubo alguna vez algo que dijera claramente quién fue el acompañante de Iris Donovan, se lo habían llevado, o, en su defecto, fue Stella, si antes no lo hizo la policía, o Iris misma. Exactamente igual que había ocurrido con el libro registro.

Finalmente, abandoné la cabaña y, lentamente, caminé hacia mi coche. Unos segundos después, empecé a conducir hacia Nueva York, pensando en la junta de accionistas de aquella mañana, uno de los cuales era yo, el principal, por el capricho de una mujer millonaria.

De una mujer que, al decir de todos, no reparaba en medios para conseguir lo que deseaba, y me pregunté si, al entregarme sus acciones, conjuntamente con las heredadas de su padre, no tenía también un motivo.

Era indudable que sí, pero el motivo en sí escapaba a mi mente, y quizá también a las mentes de todos cuantos la conocían; también a la del teniente Madigan, del Departamento de Homicidios de Nueva York.

Piper me estaba esperando en la sede de la compañía, tan pronto como alcancé aquel edificio de Wall Street.

—Buenos días —saludó, y añadió, sin preámbulo alguno—. Anoche no pude localizar al matrimonio Barton. Le llamé a su apartamento, pero usted ya se había marchado. ¿Una nueva cita?

—Sencillamente, tenía ganas de pasear, Piper —corté secamente, lo que le hizo abrir los ojos con sorpresa—. ¿Vinieron los accio...?

—Miss Burton le está esperando a usted en su despacho, míster Tirrell —me interrumpió a su vez—. ¡Ah! No está sola. Míster Lancaster se encuentra allí también.

—¿Los accionistas...?

—Miss Burton le está esperando a usted. Creo —continuó, tras una ligera pausa—, que va a decirle algo respecto a esos accionistas.

Por segunda vez le di las gracias, y me encaminé al despacho de Sheila Burton.

Llamé con los nudillos.

—Pase —dijo, desde dentro—. Está abierto.

Empujé la hoja de madera y nos enfrentamos los tres.

Sentados ambos, el uno frente al otro, en sendos sillones y, al fondo, el florero, con claveles y rosas rojas sobre la mesa despacho, abarrotada de papeles, exactamente igual que en todo momento; más allá, detrás de la mesa, el sillón en que en vida se sentara el presidente de la compañía, padre de Sheila, y el amplio ventanal, cuyos cristales estaban cubiertos por los visillos blancos que dejaban pasar toda la luz de fuera.

—Siéntate, Jeff —dijo ella, apenas verme, mientras el rostro de Lancaster se me mostraba impassible.

No lo hice, e indiqué:

—Hay una reunión... —Miré el reloj de pulsera y añadí—: Hay una reunión, dentro de treinta minutos, Sheila.

—De eso iba a hablarte, Jeff. Creí que tu secretaria te lo había dicho.

—Simplemente, me dijo que estabas aquí y que deseabas verme.

—¿Por qué no te sientas? Quiero hablar contigo, precisamente de esta reunión que has convocado.

Me dejé caer pesadamente, en el sofá, y les miré alternativamente.

—¿Y bien, muchacha? —inquirí al cabo de unos segundos de silencio, en el transcurso de los cuales ninguno de los tres pronunciábamos palabra.

—Míster Lancaster, aquí presente, vino a decirme que no va a acudir nadie a esa convocatoria.

Le miré, en espera de que añadiera algo, pero no lo hizo, por lo que pregunté:

—¿Cómo está tan seguro de eso?

—Vi a Stella Barton, y no en el club, ¿comprende?

—¿Quiere decir que la vio más tarde, Lancaster?

—Sí, así es.

—¿Cuándo la acompañó a su casa?

Notando fijos en nosotros los ojos curiosos de Sheila, escuché, a mi vez, la respuesta de Lancaster:

—No acompañé a *mistress* Barton a su casa, Tirrell, sino que la dejé en la puerta del club. Pero luego la vi mucho más tarde.

—¿Sí...? ¿Y dónde fue eso?

—Más o menos sobre las dos y media de la madrugada, en la Quinta Avenida. Nos tropezamos por casualidad. Stella dijo que habló con el matrimonio Buchanan, y Cora afirmó que ni ella ni su marido asistirían a esta reunión.

—¿Por qué?

Lancaster hizo un gesto con la cabeza para significar que no lo sabía, y prosiguió:

—Finalmente, y antes de despedimos, afirmó a su vez que ni ella ni su marido vendrían tampoco.

Había dos hechos ciertos en todo aquello, según pensé; dos hechos que casi se contradecían entre sí. Lancaster estaba mintiendo porque no pudo ver a Stella, ya que ella se encontraba conmigo en el motel de la carretera 21. Ése era el primero. El segundo era que, a pesar de mentir, ninguno de los accionistas, excepto él mismo, se

habían presentado aquella mañana en la compañía.

Fue entonces cuando me decidí, tal vez llevado un poco por la cólera:

—¿Y si le dijera que usted no pudo ver a *mistress* Barton, qué respondería?

Encogió burdamente los hombros, y se puso en pie.

—No respondería, Tirrell —afirmó fríamente—. No vine aquí para discutir con usted ni con nadie.

—Stella Barton, Lancaster, mal que le pese a usted, a esa hora se encontraba conmigo, a unas millas de Nueva York, y puedo probarlo.

Estaba ya junto a la puerta cuando me miró.

—Puede que lleve razón, Tirrell —dijo—, o puede que uno de los dos esté mintiendo. ¿Es o no es así?

Sin dar tiempo a que contestara a su pregunta, abrió la puerta, cruzó el umbral, y cerró a su espalda, dando un portazo.

Ladeé la cabeza y miré a Sheila.

No se movía, no pronunciaba palabra, pero sus pechos, entrevistos a través del escote de la blusa que llevaba puesta, marcaban el compás de una agitada respiración.

Por fin rompió el silencio con una pregunta:

—¿Es cierto eso, Jeff?

—¿El qué? ¿Que *mistress* Barton estaba conmigo a esa hora?

—Sí.

—Es cierto. Hablamos y dijo... Bueno, ahora no importa lo que dijera.

—¿Lo crees tú así?

—¿Tú, no?

—Cierto que no. ¿Dónde fue el encuentro, Jeff?

—A unas millas de Nueva York. La tropecé por una casualidad, y, cuando hablamos, ella no especificó que... que... no iba a presentarse a esa reunión —hice una pausa y, dudando, pregunté—: ¿Sabes qué motivo pudo tener Lancaster para mentir?

—Tal vez el mismo que tuviste tú para afirmar a la policía que Iris Donovan y tú...

Hice un gesto con la mano, y la interrumpí.

—Eso es distinto —dije.

—Explícame por qué.

—Lo de *mistress* Donovan es cierto, y lo referente a Stella, a que yo estuve hablando con ella, también. Pero Lancaster mintió a sabiendas de que lo hacía, y me estoy preguntando qué motivos le obligaron a ello, y algo más, muchacha; los motivos que Cora y John Buchanan puedan tener para no presentarse esta mañana en Wall Street... si no se trata del miedo; miedo colectivo, Sheila.

—¿Miedo...? —Sus redondos y morenos hombros se estremecieron—. ¿Miedo...? —repitió—. ¿De qué?

—De otro asesinato.

—¡Jeff! —exclamó—. Pero... pero... ¡Eso es horrible!

—Todo lo horrible que quieras, sí, pero yo no encuentro otra explicación. ¿Sabes tú de alguna otra?

No me contestó.

Encendí un cigarrillo y, lentamente, me puse en pie, sin dejar de observarla; era como si una barrera, invisible barrera, se hubiera interpuesto entre los dos, desde la última vez que hablara con ella, barrera que decidió romper cuando preguntó:

—¿Ya te marchas, Jeff?

—Sí. Tengo trabajo en mi despacho. No olvides que soy otro de esos magnates de Wall Street.

—Antes nos llamabas... capitostes, ¿verdad?

—Sí, así es... pero ahora, gracias a ti, repito, esa palabra no me gusta.

—¿Y... vas a irte sin darme un beso?

—Creí, querida, que eso había terminado ya entre los dos.

Se puso en pie, mirándome pensativa, pero no se me acercó.

—Es por Iris Donovan, ¿verdad? Por *mistress* Donovan. Siempre la quisiste, Jeff.

—Podría ser un motivo cierto... Sí, uno de los motivos; pero hay más, Sheila; aún hay más.

—¿Por causa mía?

—Creí asimismo que no tocarías ese tema.

—¿Por qué no he de hacerlo?

Continuaba frente a mí, mirándome a los ojos, pero inmóvil, pétrea; se podía decir ciertamente que lo único que se movía en ella eran sus labios, al contestarme:

—Si piensas un poco, Sheila, tú misma te darás la respuesta.

—La tengo ya, Jeff. Las acciones, y los motivos que tuve para

entregártelas a ti. ¿Es eso?

—Sí, ése es otro de los motivos.

—Unas acciones que tú aceptaste sin una sola protesta, y eso también merece, según mi opinión, una explicación por tu parte.

—No la hay —repliqué, yendo hacia la puerta de salida—. Por lo menos, no en este momento.

La abrí de un tirón, dispuesto a salir, y entonces dijo:

—¡Jeff!

Me detuve, pero no la miré.

—Jeff... yo... te amo, ¿sabes? Siempre estuve enamorada de ti.

—¿Y es por eso por lo que me regalaste las acciones... con las condiciones previstas en el contrato que Piper redactó por orden mía?

—Pudo ser, como tú dices, también uno de los motivos.

—Pero existen más, ¿verdad?

—Uno más, Jeff. Sólo otro motivo.

—Dímelo, ¿quieres?

—Eras el hombre de confianza de mi padre, y yo, te lo repito de nuevo, poco o nada entiendo de lo que a diario ocurre en la Bolsa; de lo que sucede concretamente en Wall Street.

Salí, dejándola sola, y sin pronunciar una palabra más.

CAPÍTULO X

—¿Puede decirme algo respecto a míster Lancaster? —pregunté.

Piper, frente a mí, con el cuaderno de notas en la mano, y el bolígrafo, me miró, suspicaz.

—Parece usted un policía, míster Tirrell —dijo.

Hice un gesto que posiblemente ella no supo cómo interpretar, e inquirí:

—Y de *mistress* Stella Barton, ¿qué puede decirme?

No dijo nada en unos segundos; no lo hizo hasta que tomó asiento en uno de los sillones, y cabalgó una pierna sobre la otra.

—¿Algo de particular con esa pareja, para que me haga una pregunta, míster Tirrell?

—Les vi anoche en un club nocturno.

—¿Y eso le da derecho para meterse en sus vidas privadas? ¿Por qué no deja a la policía...?

—Pero ¿tienen una vida privada entre los dos?

—¿Y no es eso lo que trata de averiguar?

—Confieso que es así, Piper —contesté, sin una sola vacilación—. Les vi anoche, como le digo, el uno en los brazos del otro, besándose y...

—Cualquier mujer se dejaría besar por míster Lancaster —me interrumpió—. Incluso yo misma; Y eso luego, más tarde, no significaría, nada.

—Lo que, en otras palabras, quiere decir...

—Que por lo menos, que yo sepa, entre ellos no hay nada de lo que está pensando. Es... lo que ocurre entre usted y *mistress* Donovan. Lo que ocurría cuando su marido estaba vivo.

—No obstante, hay quien piensa lo contrario. Incluso creen que entre ella y yo...

—Sé todo eso, míster Tirrell... y es ahí precisamente donde quería ir a parar. Puede que, a pesar de todo, ni *mistress* Barton ni

míster Lancaster tengan nada que ver, el uno con el otro, sino sencillamente una buena amistad. Y mucho menos, con el asesinato de míster Donovan.

Sabía positivamente que el teniente Madigan pensaba del mismo modo respecto a la pareja, y en sentido contrario en lo que a Iris se refería, incluyéndome a mí en sus sospechas.

Me estaba preguntando cuánto tiempo me dejaría en paz, cuando Piper me interrumpió, cortando en seco el hilo de mis nada agradables pensamientos.

—¿Qué fue lo que ocurrió anoche?

—¿Anoche...? ¿Dónde?

—Me refiero a después que viera a la pareja en ese club... y que yo me pusiera en contacto telefónico con usted.

—¿La primera vez?

—Por supuesto que no, amor. La segunda. ¿Adónde fue?

—Sentí deseos por visitar cierto motel.

—No me diga que fue a...

—Exactamente allí, Piper.

—Pues no lo comprendo, a no ser... —Sus ojos se regocijaron—. A no ser que tuviera recuerdos. ¿Los tenía, querido? Una mujer como Iris, el pasar una...

—No era eso, y usted lo sabe, muchacha.

—¿Yo...? —se extrañó ella—. La verdad es que no le entiendo a usted, y que nos estamos apartando de la cuestión. ¿Qué buscaba allí?

—Algo, sin saber qué, que me dijera lo ocurrido... Bueno, no creo que me entienda usted.

—Sí, tal vez... si creo el cuento que le endosó a la policía para sacar del precinto a *mistress* Donovan.

—No hay tal...

—Eso lo dice usted, pero mintió. Le ha mentado al teniente Madigan, y eso va a costarle un disgusto con el Departamento de Homicidios. Nunca estuvo en ese motel antes de anoche, y nunca, tampoco, con *mistress* Donovan.

—¿Cómo está tan segura?

Piper hizo una mueca, se puso en pie y respondió consoladoramente:

—Porque le conozco a usted, míster Tirrell, y porque también sé

que los tontos, los imbéciles, nunca tienen cura.

—¿Debo darle las gracias por ese concepto tan... amplio que tiene de mí?

—Desde luego que no..., ni tampoco por el consejo que voy a darle. Salga ahora mismo a la calle, vaya al precinto y póngase en contacto con el teniente Madigan, antes de que sea demasiado tarde. Ninguna mujer se merece que un hombre...

La interrumpí en este punto:

—Robaron el libro registro en el que constaba mi nombre y el de *mistress* Donovan.

Me sorprendió porque sus ojos se helaron.

—Lo que le pone en un aprieto con la policía —dijo—. ¿Ha pensado en eso?

—¿Por qué ha de ser así?

—Dígame una cosa, míster Tirrell, ¿cuándo desapareció ese libro registro?

—Ayer, o por lo menos eso fue lo que me dijeron.

—¿Antes de que usted fuera al motel?

—Sí, así es.

—Eso no me gusta.

—¿Por qué? —repetí.

—Tal vez porque tan pronto como se entere la policía, van a sospechar de usted como posible autor del hecho.

—¿Por qué? —repetí, una vez más.

—Quizá por la razón de que usted es el único que tiene motivos para hacerlo. Quizá porque lo anotado en el libro era falso, lo que los dos sabemos a ciencia cierta. La policía, con su desaparición, pensará que usted, ante el temor de que se descubriera esa falsedad, hizo desaparecer el registro del motel. Eso le hará aparecer como sospechoso de complicidad en un asesinato, y más si la viuda, en este caso joven, con una póliza de cincuenta mil dólares, que cobrará de un día a otro, tiene buena amistad con usted, amistad íntima, ¿comprende?

—Visto de ese modo...

—Es así como lo verán los de Homicidios. Vaya ahora, antes de que sea demasiado tarde, y si *mistress* Donovan es detenida... es algo que usted no puede evitar en modo alguno; y ella lo comprenderá.

No respondí, por lo que, lanzándome una larga mirada, dio media vuelta y, abandonando mi despacho, me dejó solo.

Esperé.

Un par o tres de minutos, y luego tomé el teléfono.

Marqué la primera vez, pero Iris no se encontraba en su apartamento. Y dudé ahora, antes de tratar por segunda vez de ponerme en contacto con ella, creyendo saber dónde podría estar, y deseando al mismo tiempo equivocarme.

No fue así. Tris Donovan se encontraba en mi apartamento.

—¡Jeff! ¿Eres tú?

No le pregunté qué hacía allí, cómo había logrado entrar, pero sí inquirí:

—¿Dónde podemos vernos dentro de una hora?

—Creí que ibas a venir aquí.

—No me es posible.

Al otro lado del hilo se hizo un pequeño silencio, que la propia Iris cortó, al responder:

—Estaré lista en seguida, si me dices...

—En Broadway, esquina a la calle 16, en un *snack* bar llamado Manila.

—Estaré allí en sesenta minutos.

Corté la comunicación, y clavé los ojos en la puerta.

Los ojos de mi secretaria me asaetaban desde allí.

—Me temo que esa mujer va a meterle en un lío de difícil salida, míster Tirrell —comento.

—Sí, es posible —repliqué—. ¡Cómo también puede que no ocurra así!

—Es inútil discutir con usted, ¿verdad?

—Sí, me temo que sí.

Y entonces soltó lo inesperado:

—Míster Barton le está esperando.

—¿Sabe de qué se trata, qué es lo que quiere?

—No me lo dijo.

—En ese caso, díglele que no estoy.

—Le dije lo contrario.

—Correcto; díglele ahora que salí por la otra puerta.

Me puse en pie y caminé hacia el extremo opuesto del despacho, hacia la única puerta que había allí, y que, tras atravesar un

pequeño pasillo, daba a otra y, desde aquel lugar, a la escalera de emergencia.

—¡Míster Tirrell!

Me detuve para mirarla.

—¿Sí...?

—Eso..., eso no me gusta. ¿Por qué no le recibe? Unos cuantos minutos no van a hacerle perder esa cita.

—Nunca me gustó hacer esperar a una mujer.

—Es posible, pero le aconsejo que, por esta vez, haga una excepción.

—¿Puedo saber a qué ese interés?

—Tal vez míster Barton desee hablarle de las acciones de *miss* Burton.

—¿Cómo sabe eso si... si me ha dicho hace unos instantes que no sabía lo que deseaba de mí?

—Es sólo una sospecha. ¿Le llamo? Entretanto, si lo desea, puedo ponerme en contacto con *mistress* Donovan para decirle, pongamos por caso, que usted se reunirá con ella media hora más tarde.

—De acuerdo, Piper —dijo, no deseando discutir más—, hágalo así.

Se fue, regresé a mi sillón de detrás de la mesa y esperé.

Fue muy poco, apenas unos segundos, lo que me hizo sospechar que Joss Barton se encontraba en el despacho de Piper, esperando que ésta le llamara.

—Pase —dije.

Empujó la puerta, y le vi frente a mí, una vez más frente a mí; pero ahora las cosas habían cambiado tanto, que me asombré de ello, a pesar de saberlo con absoluta certeza. Antes era ni más ni menos que un lacayo para aquellos magnates del negocio, bajo cuyos dedos pasaban enormes sumas de dólares día a día; un secretario general de una importante empresa y nada más, que ahora podía codearse con ellos, e incluso hacerles experimentar cierto temor hacia el futuro.

—Siéntese, míster Barton —invité, indicándole uno de los sillones—. Y por favor, no se extienda mucho. Comprenda, tengo una cita importante.

—Sí, lo sé, su secretaria me lo dijo.

—En ese caso...

Le vi tragar saliva unos segundos, antes de decir:

—Se trata de las acciones que *miss* Sheila Burton le entregó a usted.

—¿Acaso no es correcta esa entrega? —pregunté—. ¿No es legal?

—Completamente, míster Tirrell, pero voy a pedirle que se las devuelva y se desentienda de... de...

No sabía cómo terminar, por lo que le ayudé.

—De intentar barajar a mi antojo los destinos de la empresa, ¿verdad? ¿Es eso lo que me quiere decir?

—Hablando con esa crudeza, así es.

De nuevo, una vez más, la palabra «por qué» acudió a mi mente, pero no la pronuncié.

—Si no se explica, míster Barton —fue lo que dije.

Siguió un silencio, que a mi juicio duró una eternidad, y que por fin el marido de Stella rompió:

—Tuvimos una reunión, Tirrell —dijo.

—¿Cuándo?

—Anoche. En casa de Buchanan.

—Tuvo que ser bastante temprano, o bastante tarde —comenté, lo que dio motivo para que me mirara fijamente.

—No le entiendo a usted.

—Lo he supuesto... Pero prosiga, por favor.

—Fue temprano —siguió diciendo—, porque John Buchanan dijo que tenía una importante cita de negocios.

Instantáneamente el recuerdo de Iris en el interior del coche, abrazada a Buchanan cruzó por mi mente, pero tampoco pronuncié palabra al respecto.

—¿Fue?

—¿A la cita? Sí, claro, nos dejó a media reunión.

—Volviendo a esa reunión —indiqué—, ¿quiere decirme de qué trató?

—De *miss* Burton y las acciones. Ninguno de los accionistas estamos dispuestos a que usted continúe con las riendas del negocio.

—¿Por qué?

La pregunta brotó, instintiva, entre mis labios, y le vi tragar

saliva, dudar, vacilar durante largos segundos, y al fin respondió, diciendo, según colegí, parte de la verdad de lo que pensaba en aquel momento.

—Su amistad con la viuda de un hombre que ha sido asesinado, no es grata a nuestros ojos, Tirrell.

—¿Y es sólo ése el motivo, o hay otro?

—Sólo ése.

—Sí, es posible —aduje—, incluso lo creería, si dicha viuda no hubiera sido vista dentro del coche de uno de esos capitostes de esta sociedad, muy... muy... pongamos amartelada, ¿no, míster Barton?

No me respondió, pero sus ojos se helaren aún más, y la sonrisa que había en sus labios se borró inmediatamente.

—¿Quién le dijo eso, Tirrell? —preguntó.

—Yo les vi. Me encontraba cerca del edificio donde vivo, ¿comprende?

—Correcto —replicó—, fue así, pero eso... es cosa de *mistress* Donovan y John... y no quiere decir nada. Devuelva esas acciones o hundiremos la empresa. Su amistad con Iris Donovan, antes y después de la muerte de su marido, no es muy edificante para nosotros.

—¿Me está acusando de asesinato, Barton?

—Eso es cosa de la policía y no mía... pero le están investigando a usted. Es decir —se rectificó a sí mismo—; les están investigando a los dos.

Se puso en pie, y caminó hacia la puerta. Le seguí con los ojos hasta que se detuvo junto a la misma. Desde allí, se volvió a mirarme.

—Gracias por haberme recibido, Tirrell. Déselas a Piper en mi nombre.

Salió, y quedé solo, con los ojos fijos en la ventana, meditando velozmente.

Fuera, en el despacho de Piper, empezó a sonar un teléfono. Presté atención, por la fuerza de la costumbre, más que por otra cosa, hasta que el timbre calló.

El silencio cayó sobre mí como una losa de plomo...

CAPÍTULO XI

Vi a Iris, apenas entrar en el *snack* bar.

En la barra, frente a un Manhattan con cubitos de hielo, tres cubitos de hielo, todavía lo recuerdo, una pierna sobre la otra en un espectáculo que me impresionó, quizá tanto o más que las personas que desde las mesas la observaban en silencio.

Me acerqué, acomodándome a su lado.

—Hola, Jeff —saludó—. ¿Puedo saber a qué esas prisas? ¿Puedo saber por qué no has querido ir a tu apartamento? Lo arreglé, ¿sabes?

—Sí, lo he supuesto... pero deseaba hablarte en otro lugar cualquiera. Aquí, por ejemplo.

—¿De qué?

Pedí un *whisky*, espere a que me lo sirvieran, y respondí:

—Verás, muchacha, se me ocurrió una idea —dije—, respecto a las acciones que tu marido tenía en la empresa. ¿Eran muchas?

—Sí, bastantes. Casi podría decirte que, después de míster Burton, era el mayor accionista.

—Acciones que ahora, por ley de herencia, pasarán o habrán pasado a tu poder, ¿no? Eres o debes ser ya una mujer muy rica, ¿verdad?

Me sonrió.

—En eso te equivocaste, Jeff. Por eso vino lo de los cincuenta mil dólares de esa póliza, que tantos disgustos y complicaciones me está proporcionando.

—Explícate, ¿quieres?

—Esas acciones... Bueno, en los contratos privados de la sociedad hay una cláusula que dice que, a la muerte de uno de los accionistas, éstas, las que dejan al morir, van a engrosar el capital o las acciones del... como dirías tú, pez más gordo de la sociedad. En este caso, el viejo Burton, y ahora... ahora, debido a su hija Sheila,

a ti.

Fue en aquel momento cuando comprendí, de golpe, con la velocidad de un rayo, por qué Sheila me las había pasado, el motivo que tuvo para hacerlo; pero no pronuncié ni una sola palabra respecto a aquello, sino que continué con la conversación, cambiándola ligeramente de sentido:

—Dime una cosa, Iris —pedí—, ¿quién era el hombre que te acompañó aquella noche al motel?

Sus ojos bellos y grandes se clavaron en el fondo del vaso, como si de allí esperara ver brotar, creía yo, la inspiración que le faltaba para contestarme.

Hasta que, por fin, lo hizo, sorprendiéndome, como tantas y tantas veces me había sorprendido, y sin apartar los ojos del fondo del vaso:

—No me creerías, si te lo dijera, Jeff. Ni tú, ni la policía. Ese teniente Madigan me da miedo, ¿comprendes?

Probé de nuevo, en otro sentido, sabiendo que, en el transcurso de la conversación que iba a iniciar en aquel momento, posiblemente, y a pesar de su terquedad o de su miedo, como había confesado, me diría la verdad de lo que yo deseaba saber.

—Quiero preguntarte algo, Iris, y deseo que me respondas con la verdad —me miró a los ojos y proseguí—: Estoy tratando de ayudarte, por todos los medios, muchacha. Lo entiendes, ¿verdad? Dime, ¿alguna mujer, aparte de ti misma, en la vida de tu marido?

No apartó su mirada de la mía, al responder:

—Ésa fue otra de las causas de las habitaciones separadas.

—¿Alguna, en particular?

—¡No! Por supuesto que no, Fred no era de esa clase; no se conformaba con una sola, con un solo amor. Ponía cerco a todas las que le gustaban y... y... siempre o casi siempre tenía éxito. Tú... tú le conocías, y sabes que digo la verdad. Era un tipo que gustaba a las mujeres.

—Lo que no responde a mi pregunta.

—No, por supuesto que no —repitió ahora—, aunque tal vez esto sí responda a ella, en parte. Tu secretaria se ha visto muchas veces con él, *miss* Burton también, e incluso con Stella Barton.

—¿Algo, en concreto, con alguna?

—Posiblemente sí, aunque jamás lo afirmaré.

Fue en aquel preciso momento cuando me puse en pie, y sus ojos se agrandaron.

—¡Jeff! —exclamó—. No irás a dejarme aquí plantada, ¿verdad?

—Es exactamente lo que voy a hacer —repuse fríamente—. Me estás mintiendo, querida, me has mentido desde el principio al fin, lo mismo que le mentiste a la policía.

—¡Jeff!

—Lo mismo que le mentiste a la policía —repetí—. Tú, a pesar de que tu nombre consta en el motel, y que la descripción casi coincide contigo, no fuiste la mujer que pasó la noche allí, así como yo tampoco era el hombre que la acompañaba. ¿Quién era, Iris? Vamos, contesta.

Lenta, muy lentamente, abandonó la silla en la que permanecía sentada, y en sus ojos no había expresión alguna cuando me enfrentó.

—Te estás pasando de la raya, Jeff, amor —dijo suavemente, con extraña suavidad—, y eso a mí, en particular, tampoco me gusta. Fui a ese motel, y pasé allí la noche. Mi declaración la puede corroborar la investigación de la policía, y tú lo sabes tan bien como pueda saberlo yo. ¿A qué, entonces, volver a lo mismo?

—¿Es todo cuanto vas a decirme, Iris?

—Sí, así es. No voy a cambiar ni una sola letra, en esa declaración, ni una sola coma. Estuve allí, y nadie puede probar lo contrario. Tú mismo acabas de decirme que... la descripción del recepcionista, y que se refiere a la mujer, es la mía. ¿A qué voy a contradecir eso?

—Pero no era así, Iris —afirmé, sabiendo, intuyendo que, por primera vez, desde que empezara todo aquello; y contra lo que pudiera pensar el teniente Madigan, empezaba a pisar tierra firme—. No, no era así; no fue de ese modo.

—¡Ah!, ¿no?

—No, a no ser que me expliques el motivo que tuviste para, después, volver allí y llevarte el libro registro; el libro en el cual inscribieron tu nombre y el mío, aquella noche.

—¿Ocurrió eso, Jeff?

Sus ojos no cambiaban de expresión; el trazo firme que había ahora en su boca, en sus labios, tampoco. El bello rostro de Iris Donovan se había convertido para mí en una máscara impasible;

como el rostro de un Buda chino.

—A esa pregunta, Iris, sólo puedo responderte que debes decírmelo tú.

—¿Sí...? Y... ¿no fuiste tú el que te llevaste el libro, Jeff?

—¿Por qué tenía que hacer una cosa como ésa? —pregunté, sorprendido una vez más.

—Para tratar de intimidarme —repuso rápidamente; para tratar asimismo de hacerme confesar unos hechos que no sucedieron en realidad como tú has pensado. Por eso, y sólo por eso, pudiste hacerlo. Incriminándome con ello..., pero olvidando que en este barco, ambos, los dos juntos, vamos a la deriva. Me comprendes, ¿verdad?

No tuve tiempo para contestar; Iris dio media vuelta y, cruzando entre las mesas, abandonó el local, sin dignarse volver la cabeza.

No la seguí, no traté de detenerla tampoco, y, sentándome en la silla que anteriormente ocupara, presté atención al licor, pensando.

Allí, en aquella conversación, había material más que suficiente para meditar largo tiempo; para pensar porque, también allí, se encontraba la clave de todo. Podía no ser una realidad, podía ser o no figuraciones mías, pero había algo en las palabras de Iris, en sus afirmaciones, en todo lo que me había dicho en aquellos minutos, que constituían una: acusación irrefutable contra el asesino de Donovan..., algo que era todavía intangible, impalpable, pero que estaba allí, al alcance de mi mano... Lo intuía, tenía la casi certeza, la casi seguridad; pero, por el momento, escapaba a mi mente.

Mirando el vaso de Iris, que dejó sobre la mesa, casi frente a mí, y que casi no había tocado, me puse en pie e hice una seña a la joven que nos había servido, y que se me acercó.

Aboné lo consumido, y también salí a la calle.

Me recibió una doncella, que me dedicó una sonrisa al reconocermelo.

—Miss Burton, ¿verdad?

Se la devolví aunque malditas las ganas que tenía de sonreír en aquel momento.

Cartera en mano, portafolios en mano, como quiera llamarse; pero fuera como, fuese, me encontraba allí, con la cartera sostenida por el asa, llevando en su interior algo que iba a sorprender a

alguien.

—Sí, así es, Sharon —repuse a la doncella—. ¿Se encuentra en casa?

—Sí, supongo, que para usted sí. ¿Quiere sentarse y esperar un momento?

Me introdujo a continuación en la coquetona y elegante salita de espera, y preguntó:

—¿Desea tomar algo, míster Tirrell, para entretener la espera?

Consulté el reloj antes de contestar.

—Sí —dije, viendo que era cerca del mediodía—. Un *whisky*..., si la dueña de la casa no se molesta.

La doncella se echó a reír discretamente.

—Un momento, por favor.

Se fue, dejándome solo para regresar a mi lado al, cabo de los tres o cuatro minutos, llevando ya en las manos una bandeja de plata y un vaso, alto vaso, más que mediado de *whisky* y un par de cubitos de hielo.

—Avisaré a *miss* Burton —indicó.

—Gracias.

Se fue, dejándome solo por segunda vez.

Ahora la espera fue más larga; casi terminaba con el contenido del vaso, cuando apareció por una de las puertas que había frente a mí, y me puse en pie.

Sheila llevaba unos *shorts* y una blusa, amén de unos zapatos de alto tacón, y me estaba sonriendo desde aquel lugar, fascinante, lo mismo que siempre; y sin saber por qué, se me antojó más humana que cuando iba en el «Rolls» y sobre sus hombros había la piel de visón; sí, mucho, muchísimo más humana.

Su voz, de cálidas inflexiones, cortó el hilo de mis pensamientos.

—Hola, Jeff —saludó—. Confieso que me ha sorprendido tu visita.

Dio unos pasos y se detuvo frente a mí, con los ojos fijos en la cartera de cuero; vi cómo expresaban asombro primero y después hielo. La sonrisa que había en sus labios se crispó y supe, sin esfuerzo alguno, que había adivinado.

—Es..., es el final, ¿verdad?

—Sí, me temo que sí —dije.

Se dejó caer en uno de los sillones, y me miró fijamente.

—¿Son... las acciones?

Pero ella sabía la respuesta a su pregunta, mucho antes de que yo se la diera.

—Sí, así es —respondí, lo más fríamente que pude.

—¿Y...? No quería hacerlo, Jeff, pero te lo preguntaré. ¿Es..., es por Iris Donovan?

—No.

Y no mentí al afirmarlo.

—¿Entonces...?

—Es por ti misma, muchacha.

Su voz se volvió ligeramente ronca, al responderme:

—¿Por mí...? No te entiendo, Jeff. ¿Qué es lo que estás tratando de darme a entender? Te di esas acciones porque no entiendo mucho de... Bueno, eso ya te lo dije en una ocasión... y también te dije que eras el hombre de confianza de mi padre... y por lo tanto mío, en igual o más medida. Y ahora..., ahora vienes a devolverme, a entregarme una cosa que no me interesa en modo alguno. Dime el porqué, Jeff...

—Por tu forma de ser, Sheila —repuse—. Por tu carencia de escrúpulos para hacer y deshacer cosas, embrollar situaciones y hechos, cuando así conviene a tus intereses. ¿Me comprendes ahora?

No respondió cuando esperé que dijera algo, que replicara a mi pregunta final, pero, como digo, no lo hizo. Sencillamente, me miraba a los ojos, sin un solo parpadeo, fría, hermética, inmutable, en espera de que fuera yo quien terminara de exponer la idea que tenía sobre ella.

Lo hice o empecé a hacerlo al cabo de unos cuantos segundos de silencio.

—Hice unas averiguaciones en torno tuyo, querida —continué—. Unas llegaron a mí porque pregunté sobre ti, y otras fueron porque ellos mismos, esas personas, me lo dijeron, a pesar de que no hice mención alguna a nada en concreto; y todas coinciden en lo mismo. Incluso personas que directamente nada tienen que ver con la administración de tu empresa; de la empresa de tu padre. Son sólo comentarios, situaciones e indicaciones que, si bien no conducen a nada práctico, a nada en concreto, respecto a la muerte de Donovan, sí te dejan a ti en tu verdadera situación.

Habló ahora, para pronunciar una sola palabra:

—¿Sí...?

—Sí —retruqué—. Así es. Verás —añadí, luego de una ligera pausa—. Yo veo las cosas del siguiente modo: Tú, por una causa u otra, viste en la muerte de tu padre algo oscuro, siniestro. ¿Recuerdas? Todavía no se había celebrado la encuesta preliminar, cuando yo regresé a Nueva York. Aún no, y tú me estabas esperando en el aeropuerto internacional de La Guardia, con tu chófer y tu «Rolls». Exactamente igual que siempre, como en todo momento. Y te empujó hacia mí el miedo. Temías algo, quizá que alguien, para apoderarse de las riendas de la empresa, atentara contra tu vida. Y nada mejor, para alejar el peligro de ti, que endosarle a una cabeza de turco unas acciones que sólo te producían pánico, Sheila. Pensaste en mí como hombre de confianza de la empresa, un hombre que de los asuntos de la misma estaba tanto o más enterado que tu propio padre. Unas acciones con condiciones, pues tú ibas a cobrar unos dividendos también, una parte proporcional en las ganancias que éstas produjeran al manejarlas yo. Fiabas en mí como fió tu padre, eso desde luego, pero al contrario que éste a ti no te guiaba el interés de la amistad o, de la confianza, sino algo muy distinto: el miedo. Y por el miedo, no dudaste ni un solo segundo en ponerme a mi frente a la automática de un asesino que, según tú, ya había matado a tu padre; pero en esto, en lo relacionado con míster Burton, te equivocaste, pues la certificación del forense aclara que su muerte fue natural. Es por eso —seguí ahora con ironía— que te devuelvo esas acciones. Ahora debes saber que no estás en peligro de que te asesinen..., ni yo tampoco... quizá. ¿Es o no es así, Sheila?

Estaba ahora frente a mí, en pie, observándome como en todo momento, fijamente, con los senos apenas cubiertos por la blusa agitándose descompasadamente bajo la tela, acusando de este modo una no menos agitada y contenida respiración. Y retrocedió de espaldas hasta apoyarla contra la chimenea, de madera, construida allí, como una magnífica obra de arte, chimenea ciega, de madera, pero que daba una extraña impresión de ser real. Entonces respondió:

—Te has equivocado en muchas cosas, Jeff, aunque no en todas.

El hielo de sus ojos se había intensificado un tanto en su voz y,

al oírla, supe ya, sin ninguna duda, que quienes la tildaban de fría, de calculadora, de carente de escrúpulos, llevaban razón.

—Sólo en parte, Jeff —repitió—. Esas acciones, en principio, no iban destinadas a ti, sino a otro. El hombre que amé y amo aún, bien a mi pesar, en contra de lo que he hecho, y de lo que quizá haga más adelante... —sonrió—. Y esto te sorprende, ¿verdad?

CAPÍTULO XII

Era así; una vez más, desde que diera comienzo todo aquello, Sheila me sorprendía como me sorprendieron asimismo las palabras de Iris, las de Piper y las de todos cuantos habían intervenido en los hechos; incluso las del teniente Madigan, del Departamento de Homicidios.

No obstante, no dije nada al respecto, sino que me limité a preguntar:

—¿Quién era el hombre, Sheila?

—Eso es algo que no te interesa, que no te importa, Jeff, así como tampoco a la policía. Es algo privado y, nada más. Y ahora, si has terminado, gracias por devolverme esas acciones, Y a decir verdad, siempre sospeché que un día u otro lo harías. Y márchate; por favor.

Había algo más, algo que no me decía y que posiblemente era la clave de todo, sin duda alguna.

—Donovan era un hombre que gustaba a las mujeres, Sheila —dije. Y arqueó levemente una ceja—. ¿Era acaso él, y por eso... le mataste? ¿Cómo y por qué lo hiciste, muchacha?

Su sonrisa, leve en principio, se amplió tanto que, por unos segundos, creí que estallaría en una argentina carcajada, en una divertida y argentina carcajada... pero nuevamente me equivoqué con ella, ya que no fue así.

Simplemente preguntó:

—¿De verdad lo crees así?

—¿Y por qué no pudiste hacerlo?

Repentinamente, levantó un pesado florero que había sobre la repisa de la chimenea, y me sobresalté cuando, con no menos rapidez, me vi frente a la boca de un revólver calibre 22, empuñado con mano firme.

—¿Tienes miedo, Jeff? —preguntó con hiriente mordacidad. Y

ella misma se dio la respuesta, al añadir—: Sí, ya veo que sí. Y por supuesto que puedo matarte ahora mismo, querido, y te apuesto lo que quieras a que jamás encontrarían tu cadáver. Verás; aquí, en el sótano, hay un incinerador, ¿comprendes? Eso no deja rastro, si luego se limpia y se esparcen las cenizas, pongamos por caso, en el jardín que hay detrás de esta casa. Yo mismo puedo trasladar tu cuerpo hasta allí, amor. Soy fuerte, una buena deportista y no me darías mucho trabajo. Sí, Jeff; si fuera cierto lo que dices, ahora estarías muerto —lanzó el arma sobre uno de los sillones, con lo que respiré un poco más tranquilo. Siempre con la mordaz ironía de un principio, prosiguió—: No le maté, Jeff. Yo le amaba, le amo aún... pero ocurrió algo, ¿entiendes? Algo que me obligó a poner en tus manos todas esas acciones. Quería que él lo supiera. Deseaba que supiera que, si venía a mí, sería bien recibido, como siempre, pero no por mis millones. ¿Por qué?, te preguntarás, y voy a decírtelo. Sin esas acciones, mal que me pese a mí misma, yo estaba perdida. Su amor, el amor de Fred por mí, era el que sentía por todas, incluyendo a la propia Iris, a su propia mujer. Quizá tal vez se hubiera divorciado, pero..., pero... en fin, yo ya nada significaba sin esos dólares.

—¿Cómo estás tan segura? —inquirí, dudando entre creerla o no.

—Es sencillo —repuso fríamente—, él mismo me lo dijo, aquella noche. Afirmó, con todo cinismo, que necesitaba esas acciones, y entonces... si yo se las garantizaba, si te las pedía y se las entregaba, pediría el divorcio y se casaría conmigo, a pesar de que no me amaba. Creí... que..., que le mataría; incluso llegué a amenazarle, pero no lo hice. No, Jeff, te lo repito una vez más, yo no lo hice.

—¿Qué noche fue ésa, Sheila? —pregunté.

—La anterior a su muerte. Yo..., yo fui la mujer del motel de la carretera 21, y él el hombre. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Y diste mi nombre...?

—Sí, así fue. Conjuntamente con el de Iris. Tú mismo, con tu amistad con ella, me diste la idea.

—¿Y has sido capaz de meterla en esto, de meterme a mí también? ¿Qué ocurrirá si hablo con el teniente Madigan?

—No hay pruebas y negaré, querido. Eso es todo. Será tu

palabra contra la mía; y ella. Iris, tenía muchos más motivos que yo para asesinarle. Su infidelidad, la póliza de cincuenta mil dólares, Piper y la amistad que la unía a su marido, sin descartar, por supuesto, a Cora y quizá a Stella, o a Stella y quizá a Cora. Era inconstante, y su inconstancia le costó la vida..., aunque a mí me duela tal vez más que a ninguna. Busca por otro lado, Jeff.

—¿Sí...?

—Así es. Yo no le maté.

—Si fuiste tú la dama del motel, Sheila, ¿cómo explicas que... Iris declarara lo que declaró a la policía?

—Esto debes preguntárselo a ella, querido, aunque yo me inclino a creer que nos siguió, que nos vio en el motel, ató cabos y luego, cuando se enteró de la muerte, si no lo hizo ella, declaró eso como coartada irrefutable, que sólo yo puedo destruir, si no estuviera tan temerosa como lo estoy del escándalo que esto supondría para la empresa y para mí misma. Habla con Iris, Jeff; te conviene hacerlo.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de decir o de preguntar:

—¿Fuiste tú la que registraste mi apartamento?

El asombro que vi en sus ojos no era fingido, a fe mía.

—¿Tu apartamento...? No sé de qué me estás hablando, Jeff.

Me puse en pie, lancé una fugaz mirada hacia el lugar donde reposaba el revólver y pregunté:

—¿Le mataron, acaso, con un arma como ésa, Sheila?

No cambió de expresión.

—No lo sé, ni me importa —respondió—. La cuestión en sí depende del Departamento de Homicidios de Nueva York.

No repliqué, di media vuelta y abandoné la sala de estar, seguido por ella, y unos segundos más tarde la casa, sin volverme para mirarla, sin despedirme siquiera.

No tomé el coche una vez en la calle, una vez fuera de la casa de Sheila Burton; en aquel momento sólo deseaba caminar, pensando, meditar a solas, sin interrupciones de ninguna clase.

La conversación con Sheila había sido fructífera, tanto o más que lo fuera mi última con Iris. El registro de mi apartamento. ¿Quién? Uno de los accionistas o Stella. Recordaba perfectamente las palabras de Stella en el motel, en la cabaña número siete, y

ahora, en aquel instante, supe que me dijo la verdad. Temía cualquiera sabía qué, y por eso fue, para ver si podía encontrar alguna cosa en mi contra, en contra de Iris principalmente, por sus relaciones con Lancaster, si es que en realidad las había. Yo mismo había besado más de una vez a Iris, mientras vivió su marido, en plan de amistad y, por lo tanto, nada había significado, nada significó hasta bastante después.

Iris... Sí, claro, por supuesto que pudo haberlo asesinado. Tuvo el tiempo, la ocasión, el motivo... y no tenía coartada; no la tuvo hasta que, por una causa u otra, mintió a la policía. Quizá los pensamientos de Sheila Burton en este sentido tenían la constante de la verdad. Tal vez fuera cierto que les viera y que, mucho más tarde, sabiendo que la incriminarían, pensó en aprovecharse de aquella circunstancia sabiendo, intuyendo más bien, que Sheila jamás pronunciaría una sola palabra en contra, pues, de hacerlo, significaba su ruina en Wall Street, donde todo lo sucio, toda la podredumbre se esconde bajo una capa de respetabilidad, tratando por todos los medios de que esta suciedad, esta podredumbre, no lleguen jamás a oídos extraños, a oídos de periodistas más o menos sensacionalistas.

Sí, pudo ser de este modo..., pero también pudo ocurrir que, lo mismo que le siguió hasta el motel, le siguiera más tarde hasta la sede de la compañía y le matara allí mismo. Si pensó en la coartada para matarle después de verle en compañía de Sheila, como venganza personal, lo había conseguido... por el momento... y a mí me iba a costar mucho trabajo tratar de convencer al teniente Madigan; a no ser que éste, en las últimas horas, hubiera tenido otra de sus ideas. Negando Sheila, que lo haría, y aquello no me ofrecía la menor duda, mis palabras, mis conjeturas caían por su base..., aunque me viera implicado en una acusación de asesinato o de complicidad en el mismo, con Iris..., de persistir Madigan en sus sospechas, acrecentadas ahora por el robo del libro registro del motel.

El registro de mi apartamento...

Vi la cabina unos segundos más tarde. No recuerdo dónde estaba emplazada, ni la hora que era en aquel momento. Sólo que apareció frente a mí, como por obra de encantamiento, como también ofreciéndoseme para cualquier cosa, para cualquier inopinada

eventualidad.

Y aquello, casualidad o no, fue el hecho sencillo, incongruente, si se quiere, inverosímil también, que me dio la clave, la solución de todo.

Entré en la cabina, pues, y marqué.

Iris Donovan no se encontraba en su casa, tampoco en mi apartamento, por lo que fruncí el ceño, tratando de recordar si alguna vez, si en alguna ocasión, me dijo qué Clase de amistades frecuentaba, pero no pude.

Llamé a Cora; su marido, con malos modos, me dijo que no se encontraba en casa, y entonces marqué el número de Stella; de *mistress* Stella Barton.

No la encontré, ni a ella ni a su marido.

En un vano intento llamé a varios clubs nocturnos, pero no les habían visto aún o no quisieron ponerse cuando se enteraron de quién era la persona que les llamaba, por lo que, como punto final, por lo menos lo creí en aquel momento, traté, también en vano, de ponerme en contacto con Lancaster.

Finalmente ya, un tanto furioso por mi fracaso, llamé a Piper.

La muchacha no se encontraba en las oficinas, pero sí en su apartamento.

—¡Míster Tirrell! —exclamó, al oírme—. ¡Oh! ¡Es..., es horrible! ¿Dónde se ha metido usted? He tratado de ponerme en contacto con usted, pero..., pero... no sabía dónde.

—Bien —traté de tranquilizarla, sin saber aún a qué se debía su excitación—. Tenga calma, y explíqueme lo que ocurre. Pero despacio, ¿comprende?

—Han... La policía ha descubierto el robo del libro del registro de ese motel de la carretera 21, y han detenido a *mistress* Donovan, y ahora..., ahora...

Se interrumpió, y dejé transcurrir varios segundos de silencio antes de instarla a continuar:

—Vamos, Piper, termine con lo que me iba a decir. Comprenda que no puedo permanecer mucho tiempo aquí. ¿Qué es lo que ocurre?

—Le están buscando a usted. Madigan, de Homicidios, tiene... una orden de detención en su contra, por complicidad en el asesinato de... ¿Por qué no viene aquí, a mi apartamento? Aquí...

no van a buscarle. Por lo menos, no por el momento.

Instintivamente, miré a mi alrededor, a través de los cristales de la cabina, y respondí:

—No voy a hacer nada de eso, Piper.

—¡Jeff!

—¿Sí...?

—No sea estúpido. Venga, y tal vez encontremos algo que... ¡Oh, Jeff! ¿Qué va usted a hacer? Están cerradas todas las salidas de Nueva York. Lo ha dicho la radio y..., y... Va a venir, ¿verdad?

Pensé rápidamente y, de nuevo, miré fuera. La noche empezaba a caer sobre la urbe; una noche que se me antojaba gris, preñada de peligros para mí.

—Preparé algo para comer —dije filosóficamente—. Si me detienen, prefiero que lo hagan cuando tenga el estómago lleno.

Su voz se llenó de alegría al preguntar:

—Entonces, ¿va a venir?

Consulté el reloj.

—Dentro de treinta minutos estaré ahí, muchacha —dije.

—Le prepararé la cena... y el dormitorio, querido. Es un sueño.

No respondí, corté la comunicación, congratulándome de no haber tomado el coche. Pensando asimismo que había ocurrido exactamente lo que ya pensara con respecto al teniente Madigan.

Recordé a Iris... detenida ahora, según las palabras de mi secretaria.

Y marqué una vez más su número telefónico, pero Iris no respondió a la llamada, ni en su casa ni en la mía. En vano, una vez más, quise ponerme en contacto con alguno de los accionistas de la firma, y salí de allí, caminando por la acera, mirando a mi alrededor, en sentido contrario a donde dejara estacionado el coche.

Unos minutos más tarde, tomaba el autobús.

La minicombinación que usaba era transparente y negra como la noche, como los pensamientos que podían o no anidar en su mente en aquel momento, cuando, a mi llamada, me abrió la puerta.

Y sonreía asimismo cuando señaló el interior del apartamento.

—Vamos, pase y no se quede ahí.

Crucé el umbral y caminé hacia el *living*, llevándola detrás.

—Siéntese, míster Tirrell —dijo, cuando nos enfrentamos allí—.

Está usted en su casa. ¿Quiere una copa?

—Un *whisky*, si tienes, Piper —la tuteé—. Gracias.

Sin responder, se encaminó al fondo del *living*, hacia el bar que había instalado allí, manipuló entre los vasos y botellas, y vino poco después a mi lado para ofrecermelo uno de los vasos.

—Le prepararé la cena. Vamos, tómese eso pronto o se me enfriará.

Pero no era cenar lo que yo deseaba en aquel momento; tampoco a ella. Era algo más, algo que ni yo mismo podía creer.

Bebí un poco, sin dejar de observarla por encima del cristal del vaso, y pregunté, al terminar:

—¿Cómo fue lo que ocurrió con *mistress* Donovan, Piper?

—Ya se lo dije por teléfono, *míster* Tirrell. La detuvieron y luego... vino Madigan al despacho, buscándole a usted. Habló conmigo y con varios de los empleados, pero ninguno le habíamos visto, por lo que se fue... un tanto furioso, y rogándonos a todos que, si por cualquier causa sabíamos de usted, nos pusiéramos en contacto con la policía.

—¿Qué ocurrió después?

—Nada..., hasta que llegué aquí —señaló el aparato de radio, y prosiguió—: Escuché un boletín de noticias que se refería a usted —continuó, sin tutearme—. Dijeron lo que ya le conté, y que procuraran no dispararle, a pesar de que sospechaban que pudiese ir armado. Luego una intimidación, pidiendo que se entregara voluntariamente. Y eso es todo, hasta que me llamó no hace mucho por teléfono. ¿Se termina ese *whisky*?

Bebí otro poco, y cambié bruscamente de conversación, del tema que estábamos tratando, aunque en sus principales puntos era el mismo.

—¿Te dije que registraron mi apartamento?

Abrió mucho los ojos.

—No..., no lo sé con seguridad. ¿Que registraron su...? ¿Quién y por qué? —inquirió, mirándome fijamente—. ¿Qué buscaban?

—Posiblemente, el paquete de acciones de *miss* Burton, Piper. ¿Recuerdas? Redacté el documento de cesión de las mismas y tú lo pasaste en limpio.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Alguien lo supo, y las quiso. Eran o son al portador,

exactamente lo mismo que algunos de los bonos del Estado.

—¿Y eso por qué?

—Sencillo también, muchacha. Ambición, entre otras cosas, y el deseo de venganza.

—¿Venganza...? ¿Contra quién?

—Contra la propia *miss* Burton, ya que la venganza contra Donovan se había cumplido. Acababa de morir asesinado.

—Eso aún lo entiendo menos.

—¿Sí...?

Sus ojos se abrieron aún más y luego, al segundo siguiente, recobraron su habitual expresión.

—Por supuesto, míster Tirrell —respondió—. ¿Qué motivos había para tratar de arruinar a *miss* Burton? ¿Para arrebatarle las acciones de su padre que, por otra parte, eran ahora de usted?

—El único plausible, Piper —repuse calmadamente—. Celos y ambición, porque ella lo tenía todo; incluso, además de los dólares, del control de la compañía, el hombre que la otra amaba: Fred Donovan.

—Explique eso, ¿quiere?

Lo hice, exponiendo el caso que le relaté a Sheila y, al terminar, añadí:

—Ella negará su participación en el motel, pues no hay pruebas en su contra y sí un factor a su favor; la declaración de *mistress* Iris Donovan, corroborada por mí. Si me desdigo de lo anteriormente declarado, me encontraré con una acusación formal de obstrucción a la justicia, y tal vez de algo más, lo que significa la cárcel.

—Que siempre es mejor que no una de complicidad en un asesinato. *Mistress* Donovan lo hizo, parte por celos y parte por venganza. Parte, también, por esa póliza.

—¿En verdad que lo crees así?

—¿Usted no?

—No —repliqué—. Desde luego lo hizo una mujer, pero no fue Iris. De eso puedes estar segura.

—¿Cómo lo sabe?

Terminé con el *whisky* de un largo sorbo antes de responder.

CAPÍTULO XIII

Pero fue ella quien rompió el silencio antes de que terminara.

—Prosiga, míster Tirrell —dijo—. Confieso que siento curiosidad por saber a qué conclusiones ha llegado respecto a todo esto.

Dejó el vaso vacío sobre la mesita que había a nuestro lado.

—Aquella noche —continué—, fueron dos mujeres las que visitaron el motel, mientras *miss* Burton y Donovan estaban allí. Una, Iris Donovan, como ya sabemos, y la otra la que le mató en Wall Street, la misma mañana que se convocó una reunión urgente. O sea, doce horas más tarde —esperé a que dijera algo, cualquier comentario; pero al no ser así, continué—: Donovan se había creado un sinfín de odios entre el sexo femenino, que frecuentaba, un odio casi irracional. Primero, sino odio, sí el desprecio de la mujer que compartía con él su vida; luego el de la propia *miss* Burton, a pesar de que Sheila dice que le ama aún, y qué siempre le amará. El de Cora y Stella, por otra parte, y la antipatía de cuantos le trataban en el consejo de administración, por causa de sus amistades femeninas, hasta que hubo una que ya no aguantó más y le quitó de en medio.

—¿Quién fue, míster Tirrell? —preguntó Piper, interrumpiéndome—. Usted lo sabe, ¿verdad?

—Aquella noche, como digo, Iris Donovan fue al motel, siguiendo a su marido y le vio. No esperó mucho; tal vez unos minutos, tal vez una hora, y luego se marchó de allí, rumiando planes de venganza, rumiando pedir el divorcio, cualquiera sabía qué... Pero había otra más, que sí tomó la decisión que a Iris le faltaba. Ella ya le seguía desde hacía días..., quizá porque oyó algunos rumores a su alrededor que, como mujer enamorada y engañada bajo falsas promesas de matrimonio, bajo falsas promesas de abandonar de una vez para siempre a la que era su esposa, veía que todo se escapaba de sus manos. Veía en su nueva rival, en Sheila Burton, todo lo que ella no tenía: poder, dólares a

montones... y se vio perdida, desplazada, engañada y cuando al día siguiente se enfrentó con él le mató, abandonó el despacho por donde yo suelo hacerlo cuando no deseo que me vea nadie, y volvió a regresar al edificio por la puerta principal, mientras arriba Lancaster descubría el cadáver, aún caliente. Poco más tarde llegué yo, estando ya allí la policía. Y eso es todo, con respecto al asesinato, Piper.

—¿Todo...? Aún no me ha dicho quién es la mujer..., si no es Iris Donovan.

—No, ella ya quedamos en que no lo hizo —repliqué con la misma calma de siempre—. Fue la misma que registró, mi apartamento; la misma que podía entrar allí, porque sabía que en el cajón central de mi despacho de Wall Street hay un juego de llaves de la puerta de la calle y apartamento. Y por último, la misma que, una vez con las acciones, en su poder, las hubiera destruido, a pesar de que como dije iban al portador, con el solo fin de hacer perder a Sheila Burton unos cuantos millones de dólares, porque exactamente lo mismo que *miss* Burton, ella también sabía o sospechaba que, más tarde o más temprano, se las devolvería a su propia dueña, como así ha sido en realidad; ayer mismo, o mejor dicho, hoy —rectifiqué—, o quizá se las hubiera vendido a bajo precio a Stella o Cora. Fue la misma que, una vez que supo de la declaración de Iris y mía a la policía, pensó que, robando el libro registro, donde cualquier perito grafólogo hubiera certificado que ni Iris ni yo habíamos firmado allí, a pesar de que eran nuestros nombres los que constaban en él, nos incriminaría, pues, inmediatamente que el hecho ocurriera, que llegara a oídos de la policía, harían exactamente lo que han hecho; detener a Iris Donovan y buscarme a mí. ¿Quieres ahora que te diga quién fue esa mujer? Una investigación a fondo, por Madigan, posiblemente revelará que ella tenía relaciones con Fred Donovan. Que ha sido vista infinidad de veces con él, en su compañía, y posiblemente también los lugares que frecuentaban, lejos de miradas indiscretas. Es fácil para la policía hacerlo así, Piper. ¿Quieres que te diga quién es esa mujer? —pregunté para terminar—. ¿En verdad lo deseas así?

No dijo nada, simplemente me miraba, como horas antes me mirara Sheila Burton, y luego, de un modo repentino, se puso en

pie, abandonando el sillón, con el rostro demudado, me dio la espalda y empezó a correr hacia una de las puertas del fondo.

Me puse en pie, a mi vez, pero no pude hacer nada.

—Será mejor que no trate de escapar, *miss*...

Piper se detuvo en seco y se volvió, exactamente lo mismo que hice yo.

Madigan estaba allí, en la puerta acompañado de dos de sus hombres, y ninguno de los tres empuñaba arma alguna. Iris Donovan, pálida, ojerosa, venía con ellos.

—Queda arrestada en nombre de la ley —añadió el teniente de policía—, y le advierto que todo cuanto diga en este momento puede ser utilizado luego en su contra. Debe, por tanto, responder en presencia de un abo...

—Ahórrese el trabajo, teniente —cortó ella—. Sé cuáles son mis derechos. ¿Quiere esperar unos segundos a que me vista?

—Correcto, pero uno de mis hombres entrará con usted.

Piper fue a decir algo, y entonces intervino Iris:

—Si no le molesta, teniente, la acompañaré yo. Desea... que no haga cualquier cosa que no me guste, ¿comprende?

Madigan asintió, en silencio, y luego se me enfrentó, pero fui yo el primero en romper el silencio:

—Creí que me estaba buscando, teniente.

—Yo, no. Y le diré que fue por ella, míster Tirrell, por causa de *mistress* Donovan. Contó la verdad de todo; la misma que nos debió contar en su momento... Y las cosas... hubieran ocurrido de otro modo. Y respecto a usted, por esta vez, lo voy a dejar así, ¿comprende?

No repliqué; le había comprendido.

No se mencionó para nada el nombre de Sheila Burton, aunque latía en el ambiente, mientras se llevaba la policía a Piper. También latía entre los dos cuando, muy juntos, abandonamos la casa y nos vimos en la calle, bajo los tubos neón del alumbrado de los escaparates.

Rompí el silencio justo al empezar a andar lentamente:

—¿Por qué declaraste eso a la policía. Iris?

—Tuve miedo cuando me enteré de su muerte, Jeff. Creí que lo habías comprendido. Supe, desde el primer instante, que..., que...

me acusarían a mí, opinión que se acrecentó al saber que en el libro registro del motel constaba mi nombre y el tuyo, y no el de Sheila Burton y... y... Donovan... Tú... si no me amabas, eras un buen amigo mío, alguien en quién se podía confiar en un caso así, y no me equivoqué. Te jugaste la libertad por corroborar mi declaración, aun no estando seguro de que yo no era la asesina. Gracias.

No respondí y continuamos andando; ahora fue ella la que preguntó:

—¿Vas a llevarme a casa?

Tardé varios segundos en contestar.

—Sí, así es —dije, al fin—, pero antes pasaremos por la casa de un juez de paz, muchacha.

No dijo nada, se colgó de mi brazo y se apretó contra mí... Continuamos andando ahora bajo las luces del alumbrado público, bajo los anuncios luminosos, entre el gentío que debía abarrotar las aceras a aquella hora de la noche, sin darnos cuenta de nada, sin ver a aquel gentío, a aquellas gentes, la mayoría de las cuales también iban a sus casas.

Sólo nosotros, nosotros solos...

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



